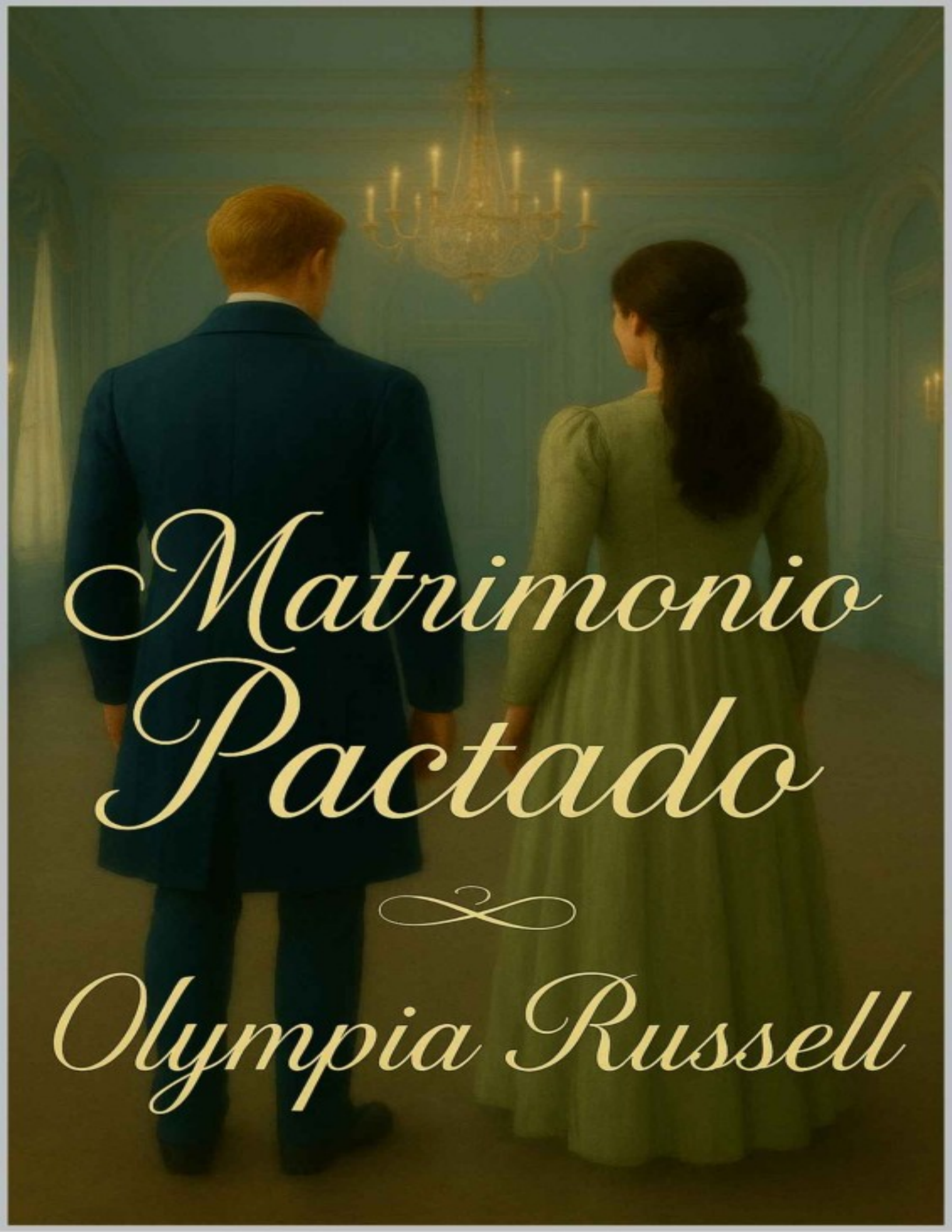

Matrimonio
Pactado
Olympia Russell

MATRIMONIO PACTADO

© Matrimonio pactado

© Olympia Russell. M. Jiménez 2026

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier

forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Capítulo 1:

Había tardado seis días en abrir aquella carta.

Recibía decenas de misivas diarias y solo unas pocas entre ellas eran urgentes o importantes. A estas últimas —que solían ser requerimientos del Rey, del Parlamento o cartas de su madre —les dedicaba su atención en cuanto llegaban al despacho de su palacio, pero el resto las leía, siguiendo el riguroso orden de recepción, en el tiempo que tenía libre, que no era mucho.

En cualquier caso, tampoco le gustaba acumular sobres en la mesa de su despacho. Le gustaba aligerar el trabajo y también responder educadamente a todo el que le escribía, aunque le hiciera peticiones absurdas. Ser un miembro de la cámara de los Lores traía aparejado aquel trabajo y él jamás se había quejado por ello: lo consideraba su deber y lo hacía de buen grado.

Sin embargo, la última semana se le había acumulado el trabajo. Andaba preocupado por un asunto personal y había pospuesto todas las labores que no eran urgentes.

Charles era hijo de Faith Mckay, una mujer fuerte y decidida que con su propia vida le había mostrado a su hijo el camino que debía seguir. Faith era la única mujer en Escocia jefa de un clan. También era madre soltera, ya que Charles era el fruto de la relación que su madre había tenido con un lord inglés: Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount. Un hombre extremadamente conservador. El tipo de persona que no podía estar más alejado de Faith.

Nadie sabía, empezando por el propio Charles, cómo aquellas dos personas tan distintas habían llegado a intimar hasta el punto de tener un hijo. En cualquier caso, aunque no había habido relación posterior entre ellos —Faith vivía en Escocia y Fitzjames Dankworth no se había movido de Londres —ambos habían conseguido acordar una buena educación para Charles y le habían transmitido su amor y cariño, aunque fuera por separado.

Fitzjames Dankworth, su padre, no solo le había procurado la misma vida que si fuera su hijo legítimo y le había dado su cariño —contenido, pero cariño —sino que le había nombrado su heredero. Es decir, cuando él muriera, Charles heredaría el título de Duque de

Silesmount. También le había traspasado en vida su puesto en la Cámara de los Lores. Teniendo en cuenta que el Duque de Silesmount era un enconado conservador y que Charles había heredado el espíritu liberal y progresista de su madre, aquel traspaso era, sin duda, el mayor acto de amor que había recibido de su padre.

Charles había aprovechado aquella oportunidad para llevar a cabo su propia lucha inspirada en su madre y se había dedicado a proteger y ayudar a los que más lo necesitaban.

Es decir, lo que podría haber sido un desastre: ser hijo ilegítimo de dos personas que no se trataban y que no podían ser más diferentes, en su caso, y también gracias a esas dos personas, no se podía haber resuelto de mejor manera.

Y eso era precisamente lo que le había mantenido alterado los últimos días. Bueno, no eso, sino el cambio que se había producido en la relación entre sus padres.

Capítulo 2:

Quince días atrás su padre había partido hacia Escocia para reunirse con su madre. El asunto: un encargo especial del mismísimo Rey.

Charles se había mostrado inquieto con ese encuentro desde el primer momento.

Había vivido hasta los doce años con su madre en Escocia, desde esa edad hasta los veinticinco, en el palacio de su padre en Londres y, posteriormente, en su propio palacio, cedido por su padre. Durante ese tiempo sus padres habían mantenido relación exclusivamente por carta y solo para acordar temas relacionados con Charles. Que él supiera, desde su concepción, sus padres no se habían vuelto a ver en persona nunca.

Pero, de repente, se iban a ver.

La noticia del encuentro entre sus padres la había recibido por separado, a través de cartas enviadas por ambos.

Su madre, en la larga carta que semanalmente le enviaba sin falta, había añadido un párrafo pequeño hacia la mitad. Entre la información de una intervención de ella en el parlamento escocés y una larga perorata sobre los últimos chismorreos del baile anual de los clanes, había metido dos frases:

"Tu padre se reúne conmigo en Edimburgo la semana que viene. Cosas del Rey"

Las dos frases habían captado su atención como si de un toque de corneta se tratara. Conocía perfectamente a su madre como para saber que aquel hecho excepcional no le hacía ni una gracia: por eso había sido tan escueta, ella, que la carta más corta que le envíaba tenía ocho cuartillas, aunque tratara de la cosecha de la cebada.

Pero la alarma que había sentido con la carta de su madre se había elevado dos horas después, cuando había recibido una nota de su padre:

"No nos veremos esta semana. Voy a Escocia a reunirme con Faith por orden del Rey. Nos vemos la semana que viene"

En sí, la misiva no le decía nada nuevo. Lo que acababa de escribir su padre confirmaba lo que ya sabía por parte de su madre. Por otro lado, todas las semanas se reunía con su padre a comer en su palacio y estaba claro que su viaje a Escocia alteraba esos planes para esa semana. Pero en la escueta nota que le había enviado su padre, encontró un nuevo motivo de alarma. En este caso no era su brevedad, como le había ocurrido con el aviso de su madre, ya que su padre siempre era breve en sus comunicaciones escritas, en este caso, lo alarmante era una palabra: Faith.

Su padre apenas había hablado con él una docena de veces sobre su madre, siempre temas referidos a la gestión de su cuidado. Nunca le había hablado mal de ella, pero siempre lo había hecho con distancia y frialdad. Y siempre que había hablado de ella, había utilizado la expresión "tu madre". Pero en aquella nota había usado su nombre de pila: Faith. Y aquello, no sabía muy bien por qué, había sido extremadamente inquietante para Charles.

El equilibrio que había conseguido durante toda su vida, parecía ponerse en peligro con aquellas dos notas de sus padres.

Pasó así la semana centrado en las discusiones en la cámara de los Loresy con los sentidos alertas por ver si ocurría algo con el

reencuentro con sus padres.

Y no ocurrió nada.

Nada de nada.

Y eso fue lo que terminó de alterarlo.

Porque pasó la semana de ausencia prevista, ocho días y diez, y quince… y su padre no volvía.

Y ninguno de los dos le daba señales de vida ni razones del retraso.

Por eso tardó en abrir la correspondencia no urgente: la preocupación por lo que podría estar ocurriendo con sus padres le había quitado las ganas de hacer cosas no urgentes.

Y por eso aquella carta llegó a sus manos seis días después de haber llegado a su palacio, diez días después de haber sido enviada desde Escocia.

Pero cuando por fin la tuvo entre sus manos se dio cuenta de que había fallado al clasificarla como no urgente y que debía haberla abierto antes.

La carta no tenía remitente, pero sí un escudo desconocido.

Era extraño la falta de remitente, pero más extraño aún aquel sello, que parecía conjugar dos escudos que conocía muy bien: el del ducado de Silesmount y el de la casa de los Mckay.

Capítulo 3:

De repente, una inquietud extraña se apoderó de él. Aquello no podía ser casualidad. El sello era de color granate, el color de la casa de Silesmount, pero en su interior aparecía dibujada la correa de la casa de los Mckay rodeando la silueta de un ciervo, tal y como era el sello de su madre. Y bajo la correa, la inscripción "virtus sola nobilitas", el lema del ducado de Silesmount.

No, aquello no era casualidad.

Abrió el sobre con urgencia, con la manos, sin usar el abrecartas, algo impropio de él, que siempre mantenía la calma. Y leyó inmediatamente el contenido escrito.

Era escueto.

Era imposible de creer.

Tuvo que leerlo cinco veces antes de soltar la nota sobre la mesa y salir de la habitación con tanta prisa, que ni siquiera cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 4:

Atravesar medio Londres cabalgando no era buena idea y menos a esas horas de la mañana, que estaba lleno de gente, coches de caballos y obstáculos diversos, pero Charles no quería perder tiempo. Solo había una persona en este mundo con la que podía compartir lo que le acaba de ocurrir y necesitaba hacerlo cuanto antes.

Nadie más le iba a escuchar, entender y, si fuera necesario, darle buenos consejos.

Necesitaba verla ya, porque, por primera vez en su vida, no era capaz de controlar la agitación que se había apoderado de él cuando había leído la maldita carta.

Pero cuando llevaba más de veinte minutos montado en su caballo, se dió cuenta de que las prisas le habían jugado una mala pasada. Había decidido ir a caballo para no perder tiempo esperando

a que le prepararan el coche, pero avanzar a caballo por el centro de Londres se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Finalmente, llegó a su destino, pero más alterado aún de lo que había salido de su palacio.

Aquella urgencia por verla era nueva, extraña y perturbadora. Era su mejor amiga, era normal que hubiera pensado en ella al leer la carta, pero no era normal que necesitara verla ya y que perdiera la paciencia por el retraso.

En cualquier otra ocasión, sus sentidos se habrían puesto en alerta ante lo que le estaba ocurriendo, pero aquel día excepcional tampoco lo hicieron.

Se limitó a soltar un suspiro de alivio cuando vio la entrada del alojamiento. ¡Por fín había llegado, por fín iba a contárselo!.

Dejó el caballo atado en una anilla de agarre que estaba junto a la puerta de entrada, al lado de la placa que señalaba, falsamente, “centro religioso para mujeres devotas” y entró.

Capítulo 5:

El patio central del alojamiento de mujeres estaba vacío. Aquello debería haberle dado que pensar.

En aquel lugar que, efectivamente, no era un centro religioso, vivían mujeres que por distintas circunstancias habían decidido salir adelante solas, sin la tutela de ningún hombre. Era un refugio maravilloso para mujeres independientes o víctimas de algún hombre o familia opresiva. Era su proyecto más antiguo y también el más preciado, entre otras cosas, porque lo compartía con su mejor amiga: Mary Cooper, que era quien dirigía el lugar.

El patio central se trataba de un lugar precioso, lleno de plantas y lugares para sentarse y reunirse. Aunque cada una de las habitantes del lugar tenía su propia habitación privada, el lugar de reunión, de confidencias y risas, era aquel patio central.

Nunca estaba vacío.

Nunca.

Y menos aún en una temporada en la que estaban viviendo en el lugar veintisiete mujeres.

Pero aquel día no había nadie.

Charles Mckay, que cualquier otro día se habría parado en seco al observar aquella anomalía, no se fijó. Solo tenía una cosa en mente: el mensaje que había leído en la carta y su necesidad de contárselo a Mary.

Por eso, subió las escaleras que llevaban al despacho de Mary de dos en dos y una vez ante la puerta, llamó y abrió sin esperar a que ella contestara.

Y nada más abrir la puerta, lo soltó:

—¡Se han casado!

Capítulo 6:

Solo entonces, con la puerta abierta de par en par, su mente empezó a asimilar que lo que acababa de suceder era extraño.

Era extraño que en el patio no hubiera nadie.

Era extraño que Mary estuviera sentada en la mesa y no lo mirara de frente después de su interrupción intempestiva.

De hecho no es que no lo mirara, es que no había alterado su postura, que ya era extraña en sí.

Mary, su mejor amiga, siempre enérgica y activa, estaba sentada con la cabeza baja, mirando hacia la mesa, pero con las manos tapando su cara. Y, a pesar de la irrupción escandalosa de él, no se había movido.

Fue como si el tiempo se detuviera y pasara una eternidad hasta que algo cambió.

Una eternidad en la que él pensó que a ella le pasaba algo.

Y lo que cambió fue la postura de Mary.

Lentamente, levantó la cabeza, separó las manos de su cara y lo miró.

Y el corazón de Charles se detuvo.

Porque Mary estaba llorando.

Capítulo 7:

Charles nunca había visto a Mary llorando. Era una mujer fuerte que ante las adversidades se crecía. Por eso, en cuanto se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, se acercó a ella de dos pasos y cuando estuvo a su altura se agachó, hincó la rodilla en el suelo y cogió las manos de ella entre las suyas.

Las tenía húmedas por las lágrimas y aquella sensación fue para Charles como un puñetazo en el estómago: si había una persona en este mundo que no merecía sufrir era Mary.

Cuando ella notó las manos cálidas de él protegiendo las suyas, las lágrimas no solo no pararon, sino que aumentaron, acompañadas de una respiración acongojada. Y Charles supo que tenía que abrazarla. Soltó con delicadeza las manos de ella y la envolvió entre sus brazos.

Ella se dejó abrazar, se hundió en él, apoyó su cara contra el pecho de él y comenzó a sollozar, con absoluto desconsuelo.

Charles la estrechó entre sus brazos aún con más intensidad, quería que sintiera su protección, que estando entre sus brazos no iba a pasarle nada malo. No sabía qué era lo que le había llevado a estar en esa situación, pero fuera lo que fuera, haría lo que fuera para ayudarla. Para protegerla.

Estuvieron así un buen rato. En un principio los sollozos de ella continuaron intensos, pero poco a poco se fueron suavizando, hasta convertirse en hipidos suaves y, finalmente, calmarse del todo. Aún así, permanecieron abrazados un rato más, él, ofreciéndole su refugio, ella, sin querer abandonarlo.

Nunca se habían abrazado. Tenían una relación de amistad intensa, para ambos, el otro era su mejor amigo, pero nunca se habían tocado con aquella intensidad.

Una vez, en una recepción real, habían bailado juntos, pero aquella era toda la experiencia de contacto físico que tenían.

Y ahora, de repente, tenían los cuerpos unidos de una forma íntima e intensa.

A medida que Mary se fue calmando, los dos fueron siendo más conscientes de la intensidad del abrazo y ambos se sorprendieron por la misma razón: no sentían extrañeza, al

contrario, era como si estar abrazados fuera su lugar natural, el lugar en el que tenían que estar.

Mary se llenó de la tibieza de él. Sintió su cuerpo como el refugio más cálido: no había un lugar en el que pudiera estar mejor. Y Charles, que tenía su cabeza justo por encima de la de ella, no pudo evitar aspirar su aroma. Un aroma que conocía, pero que de cerca, a través de su pelo, era mejor que el mejor perfume.

Ninguno de los dos tenía prisa por soltar el abrazo, pero no podían continuar así mucho más y, además, Charles quería saber qué era lo que le había ocurrido.

Por eso él , sin dejar de abrazarla, le preguntó, acercando su boca al oído de ella:

—¿Qué ha pasado, Mary?

Y ella volvió a hipar, suavemente, hasta que pudo contestar:

—Van a cerrar el alojamiento.

Capítulo 8:

—¿Azúcar?

—Ya sabes que nunca tomo el té con azúcar.

—Pensaba que hoy querrías endulzar tu vida, que no todo sea amargo.

Mary sonrió, apreciando el intento de Charles de levantarle el ánimo, pero era difícil.

—Ojalá todo se solucionara con más azúcar.

Él levantó una ceja y asintió.

También había sido un golpe para él saber qué era lo que tenía a Mary tan acongojada. El refugio de mujeres independientes era un proyecto de ambos, aunque era cierto que él tenía otros proyectos, empezando por su labor como Lord, y ella, sin embargo, solo vivía por y para el refugio.

Habían pasado ya diez minutos desde que se habían separado del abrazo. En ese tiempo habían decidido tomarse un té, que habían preparado en la pequeña cocina anexa al despacho de

Mary. Mientras calentaban el agua, Mary, que ya estaba más tranquila, le había contado a Charles qué había ocurrido.

Esa misma mañana, Mary había recibido una carta de la "Comisión de investigación de la caridad" comunicándole que habían recibido una denuncia anónima y que, tras una investigación, habían concluído que el hogar no era una asociación caritativa, sino una "subversiva".

Charles había puesto el grito en el cielo. La comisión de investigación de la caridad era un organismo dependiente del parlamento. En los últimos años estaba en manos de los Lores conservadores, pero no podían realizar investigaciones sin informar antes al resto de los Lores. Estaba claro que en esta ocasión no lo habían hecho, ya que ni él ni el resto de Lores progresistas se habían enterado de nada. Y tampoco tenían atribuciones para decidir qué asociaciones se cerraban o no, ni para mandar cartas como la que había recibido Mary.

—Bien, es cierto que se han extralimitado en sus funciones o que han hecho algo irregular, como dices tú, pero también está claro que nos han descubierto. Y el escándalo va a tapar sus irregularidades —Le dijo Mary, seria.

—Sí, tienes razón —le contestó él, poniéndose serio también y dándole un largo sorbo al té.

Se quedaron en silencio un rato mientras ambos bebían lentamente el té. Mary se había tranquilizado al tener a Charles a su lado, pero la situación era grave, ambos lo sabían.

Desde el primer momento, cuando habían decidido fundar un refugio para mujeres que querían vivir de manera independiente, habían tenido claro que tenía que ser un proyecto secreto. La sociedad londinense no estaba preparada para algo así. Se aceptaban comunidades formadas tan solo por mujeres, pero siempre bajo la condición de que se tratara de comunidades que se dedicaran a labores benéficas, como la enseñanza, la enfermería o el proselitismo religioso. Lo que Mary y Charles habían tenido en mente no tenía nada que ver con la religión, ni con objetivos caritativos. De hecho, el objetivo en sí mismo era el hogar. Lo que Mary había soñado y Charles le había ayudado a construir era un lugar en el que las mujeres se sintieran seguras y libres. Un lugar en el que pudieran llevar a cabo sus sueños. Un lugar en el que no estuvieran sometidas a nadie. Un lugar en el que sintieran que tenían las mismas oportunidades que cualquier hombre. Es decir, un lugar subversivo, como lo había definido acertadamente la comisión.

Y habían conseguido mantenerlo en secreto durante veinte años, entre otras cosas, porque todas las mujeres que habían pasado por el lugar habían querido protegerlo como el tesoro que era, y no habían hablado de su existencia.

Durante esos veinte años eran miles las mujeres que habían vivido en el hogar. Muchas se habían casado, pero en todos los casos habían sido matrimonios deseados, elegidos por ellas. Y matrimonios en los que la igualdad entre los cónyuges había sido y seguía siendo real. Y también había habido muchas mujeres que habían conseguido sus sueños, casadas o no. Del hogar habían salido activistas políticas, escritoras y científicas.

Sí, lo que habían conseguido durante aquellos veinte años era maravilloso. Por eso la amenaza de cierre era tan dolorosa para ambos.

Y por eso se mantenían en silencio después de la tormenta inicial, ambos cavilando cómo salir de aquel atolladero, hasta que al unísono dijeron el alto:

—¡Tenemos que hacer algo!

A veces les pasaba: que estaban pensando exactamente lo mismo. Y se daban cuenta cuando lo soltaban en alto.

A la vez.

Había vuelto a ocurrir, pero ahora había un cambio.

Las veces anteriores, siempre se habían mirado con sorpresa y soltado una carcajada después. ahora, la mirada tenía más tristeza que sorpresa, y ni siquiera sonrieron. No, el tema no era para reír. Y, lo peor de todo, tampoco sabían qué hacer. Tenían que "hacer algo", sí, pero ¿que?.

Mantuvieron la mirada unos segundos, esperando que al otro se le ocurriera una buena idea para sortear el cierre del hogar. Al final, Charles dijo algo, pero sin demasiada convicción:

—Ya no tiene sentido negar lo evidente. Nos han descubierto, tenemos que pelear para mantener lo que somos: un hogar para mujeres independientes. Se acabaron los tiempos de ocultar y mentir.

—Sí, pero no lo van a aceptar. No hay manera de que el parlamento acepte un lugar para que las mujeres vivan independientes —Respondió Mary, con desánimo.

—Yo soy miembro del parlamento, soy un Lord. Puedo luchar por conseguirlo —Dijo él, mirándola con intensidad y Mary sintió que el pecho se le llenaba de algo que no había sentido nunca. Era una mezcla de esperanza y algo más grande aún. Pero se apagó en cuanto la razón volvió a tomar el mando:

—Nunca aceptarán a una mujer como yo dirigiendo el hogar.

Charles la miró, pero no contestó, porque sabía que tenía razón.

Era difícil que el parlamento aceptara la continuidad del refugio de mujeres, pero más difícil aún que aceptaran a una mujer como Mary al frente.Pero si tenían que luchar, debían hacerlo por ambas cosas, porque el refugio sin Mary no iba a ser lo mismo.

Atascados de nuevo, volvieron a caer en el desánimo y el silencio.

Sus mentes giraban en pensamientos circulares, intentando encontrar una salida, pero sin conseguirlo.

Hasta que con la taza vacía ya y la cabeza empezando a dolerle, Mary decidió romper el silencio con algo diferente. Necesitaba un cambio de conversación, aunque fuera momentáneo, un pequeño descanso antes de volver al problema que había cambiado sus vidas:

—¿Y tú, por qué has venido tan alterado a verme hoy?

Capítulo 9:

En un primer momento, Charles la miró extrañado y estuvo a punto de preguntarle a qué se refería. Fueron unos pocos segundos tan solo, hasta que recordó todo.

—Es increíble —murmuró, como para sí.

—¿Qué es increíble? —dijo ella, interesada, pero sobre todo por cambiar de tema, ya que dudaba que ese mismo día hubiera ocurrido algo más grave que el cierre del hogar de mujeres.

—Hace una hora venía corriendo hacia tí, para contarte lo más extraño y perturbador que me había pasado en la vida. Estaba tan alterado que necesitaba contártelo a toda costa. Casi me he llevado por delante a varias personas para llegar lo antes posible —empezó y, tras un silencio reflexivo, repitió, de nuevo, susurrante y como para sí —es increíble… que se me haya olvidado.

La mente de Mary se quedó detenida en la primera frase que había dicho él: "venía corriendo hacia ti", "hacia ti"... "hacia ti"… Su

corazón se aceleró de una manera que no era nueva, aunque llevaba años reprimiéndola. Por eso le vino bien el ensimismamiento de Charles, porque le sirvió para reconducir sus sentimientos y centrarse en lo que a él le estaba extrañando.

—¿Qué se te ha olvidado, Charles? —la frase le salió un poco brusca, con impaciencia y también con un fondo de rudeza. Aquella impaciencia y rudeza en realidad no tenían nada que ver con él ni con lo que estaba tardando en contarle, en realidad era una muestra de la impaciencia y rudeza que sentía hacia sí misma, por permitir que Charles le acelerara el corazón como lo había hecho.

Por suerte, Charles estaba demasiado ensimismado como para darse cuenta de que ella se había dirigido a él con demasiada aspereza, tan solo se percató del apremio y aquello sirvió para que, por fín, le contara lo que le había ocurrido:

—Se han casado.

Pero, de nuevo, se quedó en silencio.

Esta vez el apremio de Mary fue más suave, pero real. Con su parquedad, Charles había conseguido interesarle de veras.

—Charles, ¿quién se ha casado, por Dios, dímelo ya?

Charles la miró, sin terminar de quitarse de la mirada el velo que le estaba cubriendo desde que había empezado a contarle

aquello. Seguía ensimismado, como si su mente fuera a excesiva velocidad. Pero consiguió volver a la conversación el suficiente tiempo para saciar la curiosidad de ella:

—Mis padres, Mary, se han casado. De manera imprevista… e improbable.

—¡Oh! —dijo ella.

—Sí, ¡oh!…—repitió él, antes de darle por fin la explicación que le debía —me he enterado hace una hora, por medio de una carta firmada por ambos y que no da más detalles. Como comprenderás, la turbación ha sido grande. Nunca he visto a mis padres juntos. Solo sé que su relación no ha sido buena excepto en lo que me atañía a mi. Y los conozco bien y sé que son incompatibles. No entiendo qué ha podido ocurrir. Y temo lo que pueda venir.

Lo que Charles le acababa de contar era realmente una noticia increíble y Mary se olvidó momentáneamente del cierre del hogar y de sus sentimientos agitados. Conocía a Charles como la palma de su mano y se hacía cargo de lo impactante que había tenido que ser para él enterarse de aquello. En sí no parecía una mala noticia, pero ella entendía la aprensión de él. Quería a los dos, pero los había mantenido siempre separados, no físicamente, esa era la elección de ellos, sino en su mente y en sus sentimientos. Ahora sus padres

habían roto aquel equilibrio y era normal que tuviera miedo de lo que iba a venir.

—Es muy extraño, no me asombra que hayas venido tan agitado. Pero seguro que hay una explicación. ¿Podría ser un matrimonio de conveniencia?

—¿Un matrimonio de conveniencia? ¿Por qué habrían necesitado hacer algo así?

—No lo sé, Charles, ya sé que suena extraño. En principio no necesitan de ningún matrimonio para seguir siendo personas poderosas en sus entornos. Para conseguir lo que quieren. Pero quién sabe. Está claro que nos falta información, así que tampoco es absurdo pensar que el matrimonio sea de conveniencia.

—Visto así, desde luego, podría ser. Si es cierto que se han casado, cualquier razón para hacerlo será menos absurda e incomprensible que el propio matrimonio. —empezó él, dando por verosímil lo que un momento antes había desestimado —Quizá obtienen un beneficio que se nos escapa…

Y volvió a quedarse en silencio y volvió a ensimismarse, con el velo sobre sus ojos.

Mary dió un suspiro, un poco más fuerte de lo adecuado. Entendía que estuviera alterado, pero le estaba sacando de sus

casillas que dejara frases sin concluir.

Para ponerla a prueba, el volvió a repetir la última frase y la dejó en suspenso:

—Un beneficio que se nos escapa…

—Sí, un beneficio que se nos escapa…

Repitió ella, con un fondo de impaciencia, a ver si su amigo volvía en sí.

Y finalmente lo hizo.

De repente, sus ojos se encendieron de nuevo, la miró con intensidad y le dijo:

—¡Se me ha ocurrido cómo salvar el hogar!

Capítulo 10:

Charles se había puesto en pie empujado por la excitación que le producía la idea que acababa de tener. Y un minuto después de decírsela a ella, continuaba en la misma postura, mirando a Mary con una mezcla de apremio y extrañeza.

Quería que ella respondiera a su idea, pero, al mismo tiempo, estaba desconcertado por su reacción:

Cuando había escuchado su propuesta, Mary se había quedado sin palabras y se había puesto roja.

Muda y roja como la grana.

Capítulo 11:

—No veo que tu propuesta ayude a mantener el hogar, Charles, eso es todo.

—Es evidente que sí, Mary, te lo he explicado ya tres veces.

Mary había logrado salir de su estado de azoro y lleva unos instantes rebatiendo la idea de Charles. Sus objeciones eran firmes y tenían sentido, pero Charles estaba empecinado en mantener su plan y no daba su brazo a torcer.

La obstinación de ambos, en direcciones contrarias, era extraña. Aunque no más que la propia idea que había provocado su desencuentro:

—Pues explícame otra vez, porque no termino de verlo.

—Explícamelo tú a mi.

La respuesta de Charles, diferente a la que llevaba unos minutos utilizando, consiguió desconcertar a Mary. Justo lo que él buscaba: sacarla de su cabezonería.

—¿Explicarte yo a ti?, pero si eres tú quién ha tenido esa idea absurda, ¿cómo voy a…?

—No, la idea ha sido tuya.

Le cortó el, sonriente por fin, dándose cuenta de que su último intento desesperado por convencerla iba a salir bien, ya que había conseguido que entrara en la trampa de su argumentación.

—¿Idea mía?

—Sí, has dicho que es una forma de conseguir cosas en nuestro mundo. Y tienes razón. De hecho, es la forma habitual y más utilizada por los nobles para conseguir riqueza, prebendas, influencia y todo tipo de ventajas.

Mary se quedó un segundo mirándolo de hito en hito, como si él hubiera perdido la cabeza. No se estaba dando cuenta de que estaba cayendo en su trampa, de que estaba a punto de ser cazada. Por eso empezó a contestarle con seguridad:

—Charles, estás muy raro hoy, supongo que el matrimonio de tus padres te ha alterado y ….

Y en ese momento se dio cuenta.

Se llevó la mano a la boca, en un intento de detener sus palabras, pero ya las había dicho. Acababa de entender por qué Charles había propuesto aquello y por qué acababa de decir que era

una idea de ella. En cualquier caso, ya no había escapatoria y Charles lo puso en palabras:

—Efectivamente, Mary tú me has dado la idea cuando has dicho que el matrimonio de mis padres ha sido por conveniencia.

—Que podría ser por conveniencia —objetó ella, pero sin mucha convicción, porque ya sabía que había perdido aquella batalla.

—Sí, bueno, olvidemos ahora la razón de mis padres para casarse. Lo cierto es que ,como bien has dicho, gracias al matrimonio se consiguen cosas que de otra manera serían imposibles. Por ejemplo: que una mujer como tú consiga logros que sin estar casada sería impensable que consiguiera. Si nos casamos, pasarás a ser la esposa de un Lord y futura Duquesa de Silesmount. Una duquesa, Mary, no hay posición de poder mayor que esa, excepto la propia reina. Y, de hecho, hay duquesas que tienen el mismo poder que la reina. Eso nos abre la posibilidad real de mantener el hogar. Yo lo pelearé en el parlamento y, si salimos victoriosos, tú podrás seguir al frente del hogar. Nadie pondrá en cuestión a una futura duquesa que, además, es mi esposa. Es la estrategia perfecta.

Se hizo el silencio en la habitación. Mary había escuchado el final de la perorata de Charles con la cabeza agachada. Él no había hecho más que repetir lo que llevaba unos minutos diciéndole: que el matrimonio entre los dos era una estrategia válida para mantener el hogar con ella al frente. Se había resistido de todas las maneras posibles, pero la última jugada de él, utilizando los mismos argumentos que había utilizado ella sobre sus padres, había acabado con todas sus objeciones.

No quería un matrimonio de conveniencia con Charles, pero ya no tenía objeciones válidas. Ni fuerza para seguir peleando. Así que levanto la cabeza, lo miró seria y se rindió:

—De acuerdo, Charles, nos casaremos.

Capítulo 12:

Una semana después Mary estaba preparándose para cambiar su vida de una manera que jamás había imaginado.

Se iba a casar.

Se iba a casar con Charles.

Había sido una semana vertiginosa, en la que sus emociones habían fluctuado desde la desesperación, cuando había sabido que iban a cerrar el hogar, hasta el extremo nerviosismo que tenía en aquel momento, cuando estaba a punto de cambiar para siempre la relación con la persona que más le importaba en la vida.

Y este había sido el problema que más le había torturado durante aquella semana. Para su asombro, el posible cierre del hogar había palidecido ante la expectativa de casarse con Charles.

Su mejor amigo.

El hombre del que llevaba enamorada veinte años.

Capítulo 13:

Sí, Mary llevaba veinte años enamorada en secreto de Charles y durante todo ese tiempo solo había tenido clara una cosa: que jamás iba a sacar a la luz aquel amor.

La razón de esa actitud era que sabía perfectamente que él no sentía por ella el mismo tipo de amor que ella sentía por él.

Decirle la verdad, confesarle lo que sentía por él, habría supuesto, inmediatamente y en cualquier momento de sus veinte años de amistad, perderlo. Por mucho que lo hubieran intentado, su amistad habría terminado. Charles habría desaparecido de su vida.

Y su silencio había funcionado. Había conseguido tenerlo siempre cerca de ella. No solo eso, sabía que era para él la persona más importante de su vida. Más incluso que sus padres.

¿Había perdido la posibilidad de una relación física? Si. ¿Aquella pérdida era difícil de sobrellevar? Absolutamente, si.

Era duro para Mary tenerlo cerca. Conocía su olor, se perdía en sus ojos, soñaba con refugiarse entre sus brazos. Y tenía, siempre, un fondo de tensión y frustración que quienes le rodeaban tomaban por la fuerza necesaria para poder llevar el hogar adelante, pero que ella sabía que no era más que la insatisfacción que se le escapaba por todos los poros.

Sí, había sacrificado lo más intenso de su vida por no perderlo del todo y no se había arrepentido jamás. La vida sin lo que había conseguido de él habría sido infinitamente peor.

Pero ahora, aquel matrimonio pactado iba a echar por tierra ese equilibrio que ella había conseguido.

Vivir con él, ser su esposa, iba a hacer mucho más difícil el disimulo de sus sentimientos. Y, lo peor de todo, le iba a permitir tener acceso a una parte de la vida de él que había conseguido ignorar. Porque Charles era un hombre. Tenía apetitos de hombre.

Es decir, tenía amantes.

Y siendo su esposa, iba a acudir a bailes y recepciones, iba a ver cosas que no quería ver. Y viviendo en el mismo palacio iba a ser testigo de todas sus salidas y todas sus ausencias injustificadas.

¿Cómo lo iba a soportar?

Eso era lo que le tenía nerviosa y angustiada unas horas antes de casarse. Una angustia que contrastaba con el entusiasmo de él, que ella solo podía explicar de una manera: estaba contento porque aquella boda no iba a cambiar nada para él. Seguía viéndola como amiga tan solo y así sería siempre.

Capítulo 14:

A esa misma hora, en su palacio, Charles veía las cosas de otra manera. Llevaba toda la semana dándole vueltas a la misma pregunta: ¿por qué estaba tan contento con aquel matrimonio?

Entendía que la propuesta de matrimonio había surgido después de recibir dos noticias impactantes: el matrimonio de sus padres y el cierre del hogar. Eso había hecho que dejara de pensar como acostumbraba y no valorara las cosas con frialdad. Es decir, la propuesta de matrimonio había sido fruto de un impulso, no el resultado de una valoración pausada y racional.

Pero había pasado una semana, ya podía valorar todo de manera fría y, sin embargo, no solo no había cancelado el matrimonio, algo que Mary habría celebrado, sino que estaba contento ante la perspectiva de casarse con ella.

Porque estaba contento, no tenía ni una duda.

Y aquello no encajaba con nada. Ni con su negativa de años a casarse ni con el tipo de relación que tenía con ella.

Porque ella era su mejor amiga.

Y uno no se casaba con sus mejores amigas.

¿Verdad?

Capítulo 15:

Un día después ambos se encontraron en una situación inimaginable una semana antes.

Mary había renunciado al matrimonio por dos razones, porque un matrimonio iba a impedir que siguiera al frente del hogar y porque la única persona con la que quería casarse era Charles.

De manera completamente increíble, iba a casarse manteniendo aquella dos condiciones y, sin embargo, no estaba contenta. Estaba nerviosa y, sobre todo, sentía una inquietud enorme por lo que iba a venir.

También estaba preciosa.

Se había puesto un vestido, una de las pocas veces que lo hacía, ya que una de sus peculiaridades era que dentro del hogar usaba pantalones. Era un vestido sencillo, pero confeccionado con una tela muy delicada, en color crema, que hacía resaltar su piel dorada. Además, tenía un escote barco que dejaba al aire sus

hombros redondeados y sus clavículas perfectas. Unas clavículas sobre las que caía su pelo negro rizado, que había dejado suelto e iba tan solo adornado con una camelia roja que había cortado en el jardín del hogar.

Sí, estaba preciosa.

Eso es lo que pensó Charles, su futuro esposo, cuando llegó a su altura, al fondo de la capilla, donde les esperaba el reverendo que les iba a unir en matrimonio.

Habían decidido llevar la ceremonia en secreto. Querían evitar un revuelo con las chicas del hogar y también en el parlamento. Querían presentar aquel matrimonio cuando ya no había marcha atrás.

En eso habían estado de acuerdo los dos.

En lo que no estaban armonizados era en lo que sentían en ese momento. Porque Charles, que tampoco había querido casarse nunca, en su caso, porque no creía en el matrimonio debido a la experiencia de sus padres, no es que no estuviera nervioso o aprensivo. Es que estaba feliz.

De hecho, fue el único de los tres que sonrió abiertamente cuando el reverendo dijo:

—Bien, comencemos.

Capítulo 16:

Diez horas después de la ceremonia, Mary, en su nueva habitación, hacía un repaso de lo que había ocurrido las horas anteriores.

La ceremonia había sido corta y sencilla. También extraña, hasta el punto de tener dificultades para distinguirla de un sueño.

Y eso también era extraño, porque no sabía si se había tratado de un sueño bueno o una pesadilla.

Mientras había estado esperando a Charles acercarse al altar, había tenido claro que se trataba de lo segundo, pero una vez lo había tenido a su lado, había ocurrido algo extraño.

O quizá no tanto.

Se había emocionado.

De una manera intensa y como nunca le había ocurrido con anterioridad.

Charles era muy atractivo, hacía veinte años que ella lo sabía, pero en aquel momento lo vio como el hombre más atractivo del mundo. Había heredado la altura y la envergadura de su padre, era , por tanto muy alto, de hombros anchos y músculos marcados y poderosos. Un físico que casaba más con un trabajador del puerto que con un noble. Pero también había heredado su porte y sus maneras distinguidas, lo que suavizaba la primera impresión un poco tosca. Y, por supuesto, siempre iba vestido con elegancia, pero en aquel momento mucho más. Llevaba un traje que Mary no le había visto nunca. Uno en color verde oscuro, como el musgo del bosque, en un paño de la mejor lana de Escocia. El chaleco, en un verde aún más oscuro, tenía un ribete rojo, muy fino, pero que se distinguía perfectamente. Y en el lado de su corazón, dos pequeños escudos bordados, uno en rojo y el otro en azul. Mary no tuvo ninguna duda de que aquel traje había sido confeccionado en Escocia y de que estaba hecho con los colores del clan de su madre: verde y rojo. Al igual que el escudo rojo era el de la casa de los Mckay y el azul el del ducado de Silesmount.

El detalle le emocionó, Charles no se había puesto para su boda cualquier traje elegante entre los muchos que tenía, se había

puesto el más especial. Uno que ella no conocía y que él seguramente guardaba para una sola ocasión: su boda.

Pero lo que le llevó a aquel estado de felicidad no fue solo verlo tan guapo, a su lado, sino cómo la miró.

Normalmente evitaba mirarle largo rato a los ojos. No evitaba el contacto visual, era su mejor amigo y cuando hablaba con él lo miraba, por supuesto, pero nunca alargaba ese contacto, ella era, siempre, quien apartaba la mirada. Lo hacía porque la intensidad de lo que sentía por él se acrecentaba cuando se perdía en sus ojos verdes. Y, por supuesto, porque tenía miedo de que él se diera cuenta de lo que sentía por él.

Pero esta vez no apartó la mirada. No pudo hacerlo.

El lugar sagrado los envolvía en una ambiente de quietud y paz inmenso, como si la propia capilla se diera cuenta de que allí iba a tener lugar algo especial. El reverendo que los iba a casar, un antiguo amigo de Charles de su época en Eton, esperaba pacientemente, mirándolos con simpatía y sin apremiarlos en absoluto. Y Charles la miraba como no lo había hecho nunca.

Con una intensidad y un cariño inmensos.

Y por esta vez Mary decidió claudicar. Abandonarse.

Tener esperanza.

Por eso, la ceremonia, aunque muy corta, fue el momento más emocionante que había vivido en su vida. Por un momento, sintió que se estaba casando con el amor de su vida, lo cual era cierto, y que él también lo estaba haciendo, lo cual, no lo era.

Esto último quedó claro en cuanto salieron al exterior tras la ceremonia. Allí les estaba esperando el coche con el que Charles se movía por Londres, para llevarles a su palacio.Y nada más entrar en el coche, toda la magia se disolvió.

Charles se puso serio, muy serio, como no lo había visto nunca. Dejó de mirarla y en su lugar se puso a mirar por la ventana, sin dirigirle la palabra en todo el trayecto.

Y esa fue la parte en la que su boda se convirtió en una pesadilla, ya que Mary se dio cuenta de que había tenido razón al resistirse a aquel matrimonio: su relación ya había cambiado.

Capítulo 17:

Por suerte, sus temores se suavizaron en cuanto llegaron al palacio. Charles volvió a ser el mismo de siempre: como si la boda no hubiera ocurrido.

Volvió a mostrarse amable y cariñoso con ella, como el amigo que siempre había sido.

Le presentó a todos los criados, que se mostraron encantadores, aunque en más de uno notó una expresión de perplejidad indisimulable. No le ofendió en absoluto, todos se habían enterado apenas unas horas antes de la boda y de que iba a haber una nueva dama en el palacio. Teniendo en cuenta esa circunstancia, lo menos que podía esperar era asombro.

Ya se acostumbrarían, pensó Mary mientras los saludaba, aunque la primera que se tenía que acostumbrar era ella.

Luego Charles le enseñó el palacio. Curiosamente, a pesar de su larga amistad, ella nunca había estado allí. Toda la relación que

habían mantenido se había dado entre los muros del hogar de mujeres, exceptuando un par de recepciones benéficas a la que habían tenido que acudir ambos. La razón de aquello era obvia, el hogar había sido clandestino hasta unos días antes, al igual que la ayuda de Charles, así que nadie debía verlos juntos ni saber que se podían traer algo entre manos. Charles, por supuesto, visitaba el hogar a menudo. Pero el lugar se encontraba lejos del Londres noble, apartado de miradas indiscretas.

Era, por tanto, la primera vez que Mary conocía el palacio de Charles. El lugar donde más tiempo pasaba. Y no pudo impresionarle más.

El palacio del ducado de Silesmunt, donde vivía el duque, acabaría siendo de Charles a la muerte de su padre, algo que, esperaba, ocurriera lo más tarde posible. Mientras tanto, el duque le había cedido aquel otro palacio en el que vivía y que era más pequeño, menos monumental. Sin embargo, eso no quería decir que fuera un palacio humilde. En absoluto. Eso fue lo primero que le impactó a Mary, que Charles vivía rodeado de mucho más lujo del que había imaginado. Todo en aquel palacio, empezando por su pequeño, pero precioso jardín interior, destilaba lujo por todas partes. Las lámparas de techo, con sus cristales colgantes brillantes,

las alfombras mullidas de la lana más exquisita, los muebles de madera noble, perfectamente pulidos, las paredes decoradas con papeles elegantes y lujosos. Por un momento Mary se sintió abrumada. Ella era la hija de un comerciante humilde y un ama de casa. Nunca le había faltado lo básico, pero jamás había tenido lujos. Lo más lujoso que había tenido en su vida era el despacho del refugio de mujeres: una habitación para ella sola.

Viendo el palacio, Mary se dio cuenta de lo alejada que había estado siempre de Charles. En realidad, él pertenecía a una clase que estaba totalmente alejada de ella. Nunca deberían haberse conocido, pensó por un momento, y fue como si se encogiera.

Si había algo que caracterizaba la amistad de Charles y Mary era que muchas veces eran capaces de saber lo que pensaba el otro sin necesidad de palabras. Esta vez fue una de ellas. Estaban en la intensa biblioteca con vistas al jardín, una de las razones por la que Mary se había sentido tan empequeñecida y Charles supo qué le pasaba:

—No soy tan diferente a ti como piensas.

La voz de él, teñida de afecto, logró sacarla de aquel momento de inseguridad y contestó, con ironía:

—Claro.

Y luego señaló con una mano el lugar.

Charles sonrió ampliamente, pero insistió:

—Todo esto es de mi padre, no es mío.

—Sí, yo también tengo cosas de mi padre —continuó ella, sonriendo ampliamente también —La pluma con la que escribo, por ejemplo, es un regalo de él. Y el chal con el que me abrigo las noches frías es un regalo de mi madre.

—Mary —contestó entonces él, más serio —entiendo que es todo abrumador, pero te aseguro que somos más parecidos de lo que este palacio te está transmitiendo —entonces volvió sonreír y añadió —de hecho, no te tengo que asegurar nada, lo sabes, llevamos veinte años siendo amigos del alma.

Lo que había pretendido ser un comentario apaciguador se había convertido de nuevo en un momento de perturbación. Aquel "del alma" hizo que el corazón de Mary volviera a galopar. Era cierto, eran amigos del alma, pero no era un término que hubieran pronunciado jamás en alto. De repente, el ambiente entre ambos se volvió extraño, íntimo, y Mary perdió de nuevo la seguridad. Por suerte Charles seguía tranquilo y fue él el que recondujo la situación:

—Vamos a cenar y luego Polly, que va a ser tu doncella, te llevará a tu habitación.

—Ah, es cierto —exclamó ella, contenta de que fuera otra persona, y no Charles, quien se la enseñara su alcoba. Si ya estaba siendo difícil sobrellevar la situación, no quería pensar qué podía ser estar junto a él en el mismo lugar en el que había un lecho.

—Aún no está perfecta, le faltan retoques de decoración, que dejo en tu mano. Hemos tenido que organizarla rápidamente, ya que ha sido mi despacho hasta hace unos días.

—Ah, no lo sabía.

—Sí, es la habitación contigua a la mía, estaba pensada para ser la habitación de mi esposa, pero la he utilizado como despacho por comodidad y porque no pensaba casarme, como bien sabes —dijo él, intentando aparentar tranquilidad, aunque se le notaba un poco incómodo dando aquella explicaciones.

—No deberías haber cambiado nada, yo podría haber dormido en cualquier lugar —dijo entonces ella, pensando que en realidad habría sido también mejor para ella, porque tenerlo tan cerca por las noches iba a ser una tortura añadida.

—No, no —respondió él, firme —la esposa debe dormir en la habitación contigua al marido, cualquier otra disposición habría

levantado murmuraciones entre los criados, que no habrían tardado en llegar a oídos de quien no nos conviene: debemos parecer un matrimonio perfecto para conseguir que sigas al frente del hogar.

—Sí, es cierto —dijo Mary, aceptando lo inevitable: que iba a tener que dormir al lado de él y que aquel matrimonio se había realizado por un solo objetivo que no tenía nada que ver con el amor.

Salieron de la biblioteca y el resto del día transcurrió sin sobresaltos. Cenaron juntos, bromeando incluso y, cuando llegó la hora de acostarse, se despidieron en el mismo comedor: él se quedó y ella subió a su habitación siguiendo a Polly.

Capítulo 18:

Y ahí llevaba ya una hora, sin acostarse aún.

Los primeros minutos los había dedicado a revisar la habitación. Se notaba que lo que le había dicho Charles sobre las prisas con la que habían organizado todo era cierto. Había muy pocos muebles, tan solo el gran lecho, en el centro, y un tocador y una silla. Los tres muebles eran de buena calidad pero en un estilo anticuado.

Por lo que ella sabía, la última vez que había vivido una mujer en aquel palacio, había sido sesenta años atrás. Se había tratado de la esposa de un tío abuelo de Charles. No habían tenido hijos y aquella había sido la razón de que el palacio acabara en herencia para el padre de Charles, el duque de Silesmount. Aquellos

muebles debían ser de la esposa del tío abuelo. Eran distinguidos, pero pasados de moda.

A ella eso no le importó en absoluto. Aunque Charles le había dicho que podía deshacerse de los muebles, comprar otros y adaptar la habitación a su gusto, no tenía ni un problema en mantener aquellos. La cama era muy grande, mucho más que la que había usado hasta ese momento. Y el colchón y las ropas de cama eran nuevos, mullidos y agradables.

Pero sí iba a necesitar añadir muebles. Para empezar, un espejo, ya que un tocador sin espejo de poco valía. Ella no era presumida, pero tampoco quería pasearse por el palacio despeinada. Y, además, como esposa de Charles tendría que acudir a eventos y celebraciones. La esposa de un Lord no podía ir descuidada, así que, aunque no le gustara, ya podía ir asumiendo que iba a gastar más tiempo de lo deseado en arreglarse.

Y, por otro lado, había un mueble que necesitaba ya. Al día siguiente sin falta se lo iba a pedir a Charles. No iba a hacer falta gastar un chelín además, porque quería el suyo. En concreto, la gran mesa que estaba en su despacho. Y ya puestos, la librería también.

Porque la habitación, a pesar de estar un poco desangelada, era magnífica. Grande, con una enorme ventana por la que al día

siguiente entraría luz a raudales.

No le extrañaba que Charles la hubiera utilizado de despacho, ella iba a hacer lo mismo. Sería su habitación y también sería su despacho.

Lo cierto es que gracias a esos pensamientos, se fue tranquilizando.

El hecho de tener un lugar como aquel para ella sola le había levantado el ánimo. Iba a ser difícil convivir con Charles, ser su esposa para todo menos para lo que más deseaba, pero mientras mantuviera aquel lugar como un refugio, podría sobrevivir. Quién sabía, igual acababa acostumbrándose. Igual conseguía mantener la relación con él en los mismos términos que los veinte años anteriores.

Más animada, Mary decidió finalmente acostarse. Se quitó con lentitud la ropa con la que se había casado. Le había gustado verse tan guapa, con un vestido. Lo cierto es que con aquel corsé, que acentuaba su cintura, y aquel escote, que enseñaba sus hombros torneados y el inicio de sus pechos redondos y turgentes, se había visto más bella que nunca. Su pelo suelto, adornado tan solo con la camelia roja que se había mantenido fresca, le habían

hecho verse como nunca. Ahora, sin espejo, ya no podía verse, pero sabía que estaba bonita.

Bien, había sido una experiencia, pero ya no tenía sentido alargarla. Además, dada su nueva condición, volvería a ponerse vestidos como aquel. Y llevaría peinados muy elaborados y adornos y joyas mucho más lujosas que aquella flor. Le había visto la ventaja a aquello, al fin y al cabo sentirse guapa era agradable, pero tampoco se moría por ello. Aquellas ropas eran terriblemente incómodas. De hecho, cuando soltó por fin él corsé y su cuerpo se distendió, soltó un suspiro de alivio. Y luego, cuando se quitó la pesada falda, otro.

Con un poco de suerte, pensó, podría volver a vestir pantalones dentro del palacio. Eran mucho más cómodos que aquellas ropas pesadas y ajustadas. Aunque sea en aquella habitación, que era suya y de nadie más, podría hacerlo, pensó de nuevo, cada vez más contenta por contar con aquel refugio.

Una vez desnuda, se puso el camisón que había llevado consigo. Iba a estrenarlo. Llevaba más de veinte años en el baúl en el que guardaba sus pocos efectos personales. Se trataba de una prenda preciosa y delicada, regalo de su madre. Cuando se había ido de casa, dispuesta a organizar el hogar de mujeres libres, su madre,

que era la única persona que conocía su plan, se lo había metido en el baúl:

—Lo he cosido yo misma, por si algún día te casas, hija —le había dicho, mirándola con la mezcla de pena y orgullo con la que la miraba, ya que admiraba a su hija por su tenacidad y fuerza, pero, al mismo tiempo, le dolía que no tuviera interés en lo único que debía tener interés una mujer: casarse y tener hijos.

—Madre, sabes que no voy a casarme nunca —le había respondido ella, resuelta, pero apenada también por tener que repetirle a su madre algo que sabía que le hacía daño.

El camisón había estado metido en ese baúl todos los años que ella había estado al frente del hogar. Nunca había tenido tentaciones de ponérselo, ella era práctica y aquel camisón era demasiado delicado para utilizarlo día a día. Además, su madre lo había cosido para un día especial y ella no iba a contravenir sus deseos.

Su madre, al igual que su padre, había fallecido más de diez años atrás, ambos con unos días de diferencia y batidos por la misma enfermedad: el cólera, la enfermedad de los más humildes.

Con el transcurso de los años, su madre no solo había llegado a aceptar su soltería, sino que se había enorgullecido de su elección de vida. Nunca había vuelto a poner aquella cara tristona

que le había puesto al darle el camisón. Pero aquel día ella quería hacerle un homenaje, por eso había decidido ponérselo.

Lo cierto es que veinte años atrás no se había fijado en la prenda, bastante había tendido con despedirse de su madre y bregar con su desilusión, pero ahora lo observó con detenimiento. Era una prenda magnífica. Ella nunca había pasado hambre, sus padres le habían dado una vida digna y había tenido una infancia y juventud sin necesidades, pero en su hogar natal tampoco sobraba el dinero. En cuanto tocó la tela del camisón, se dio cuenta de que no casaba con aquella vida.

Se trataba de una tela del algodón más delicado que había visto en su vida. Ni siquiera las ropas de la cama sobre la que estaba sentada eran tan delicadas y exquisitas.

Pero no solo era la tela, sino la fina tira bordada que rodeaba el cuello. Y las cintas de raso que adornaban la prenda. Y las florecillas bordadas con hilo de seda y una delicadeza absoluta.

Aquel camisón era precioso, no solo porque su madre lo había hecho con todo el amor del mundo, sino porque había invertido en él, estaba segura, el dinero que no tenía.

Emocionada, se puso en pie y se colocó la prenda. Cuando sintió la fina tela sobre su cuerpo, un escalofrío agradable la recorrió

entera, no solo por su delicadeza, sino porque encajaba en ella perfectamente, era como si su madre hubiera adivinado las medidas exactas de su cuerpo cuando lo utilizara por primera vez.

Como no tenía espejo, miró hacia el frente, justo hacia donde estaba la puerta que comunicaba con la habitación de Charles, no vio nada, por supuesto, pero imaginó que se veía preciosa. Luego bajó la mirada y vio desde arriba cómo le quedaba el camisón.

Y se puso roja como la grana.

Porque la delicada prenda era también transparente. Podía ver perfectamente la línea de sus caderas, la sombra de su ombligo y sus pezones pequeños de piel tostada. Miró de nuevo al frente, a la puerta que comunicaba con Charles, y pensó que si se hubiera tratado de un matrimonio normal, él estaría a punto de entrar en su habitación para consumar el matrimonio.

Y, por primera vez, sintió alivio de que eso no se les hubiera pasado por la imaginación a ninguno de los dos.

"Menos mal", pensó, ya que solo le faltaba tener que vivir una relación sexual carente de amor, que era lo más que podía haberle ofrecido Charles. Y encima, recibirle con aquellas transparencias.

Ella sabía perfectamente que eso era lo que ocurría con la mayor parte de los matrimonios de la nobleza. Matrimonios de conveniencia que debían acostarse juntos para asegurar la descendencia, aunque se aborrecieran. Mary sabía que Charles no solo no la aborrecía, sino que la apreciaba por encima de todo el mundo. Pero no la amaba como ella a él ni, por supuesto, la deseaba. Y lo último que le faltaba era tener que estar entre los brazos del hombre que ella sí amaba y deseaba sin ser correspondida. No, era preferible no tener nada a tener aquello. Así que sí, menos mal que había estado claro desde el principio que aquel matrimonio jamás sería consumado. Que era una farsa. Una triquiñuela.

Y justo cuando pensó esto, la puerta que comunicaba con la habitación de Charles se abrió de par en par, sin que nadie hubiera llamado.

Y al otro lado apareció Charles.

Llevaba unos pantalones de dormir, finos, que marcaban todos sus músculos. Y también lo que no eran músculos. También llevaba una bata de seda en azul marino, hasta los pies. Abierta. Y bajo ella tan solo su torso desnudo.

Magnífico.

Capítulo 19:

Charles había abierto la puerta con energía excesiva, como si tuviera prisa por llegar hasta ella. Y siguiendo la inercia de esa energía había dado tres pasos, hasta situarse a menos de cincuenta centímetros de ella.

Mary, paralizada, había pensado, entre asustada y emocionada, que parecía como si él no pudiese contenerse y necesitara tomarla ya.

Pero, de repente, él paró su avance. Se quedó clavado.

Y se quedó mirándola. Como si fuera la primera vez que la veía. Y como si lo que estaba viendo fuera lo más impresionante que había visto en toda su vida.

Y realmente lo era. Porque Charles no le estaba mirando a la cara, ni a los ojos. No, Charles estaba mirando su cuerpo, ese cuerpo que ella acababa de ver desde arriba, ese cuerpo perfectamente visible tras la tela transparente.

Fue tan solo un instante.

Enseguida quedó claro que su irrupción en la habitación no había tenido nada que ver con la consumación del matrimonio ni, mucho menos, con una urgencia de él por poseerla.

Quedó claro que había habido algún tipo de equivocación.

Porque Charles apartó la mirada alarmado, casi como si quemara, y balbuceó:

—Lo…lo…siento.

Giró sobre sus talones y salió rumbo a su habitación, con la misma urgencia con la que había entrado en la de ella.

A Mary le costó más tiempo reaccionar. Se quedó un rato de pie, sin moverse mirando la puerta que Charles acababa de cerrar. La puerta que no debería haberse abierto.

No podía quitarse de la cabeza lo que acababa de vivir: Charles mirando su cuerpo, preso de un extraño magnetismo.

Pero ella también mirando el de él.

Mirando fijamente sus piernas musculadas y, sobre todo, el abultamiento que había en la parte superior donde se unían.

Una parte que, no tenía ni una duda, se había abultado mucho más justo antes de que él girara para marcharse.

Capítulo 20:

Al otro lado de la puerta, en el mismo estado de estupor, se encontraba Charles. Aunque, en su caso, había matices distintos.

Para empezar, no solo no se había quedado paralizado, como Mary, sino que estaba siendo presa de una agitación como nunca había sentido. No hacía más que dar vueltas y vueltas alrededor de su habitación, sorteando los muebles que, en su habitación, eran más que los de Mary y, por tanto, cada poco tenía que evitar tropezarse con alguno.

Y, por otro lado, al estupor se le añadía enfado.

Consigo mismo.

—¡Pero, ¿cómo has podido olvidarte?!

Era la frase que estaba soltando en alto, para sí mismo y referida a sí mismo.

El motivo de su enfado era precisamente lo que había provocado la escena que acababa de vivir. Cuando había llegado a

su habitación, se había puesto cómodo con la ropa de dormir, pero solo la parte de arriba, además de la fina bata de seda, ya que en su habitación había una chimenea encendida y el ambiente estaba muy caldeado. Una vez cómodo, se dispuso a beberse un whisky y se encontró sobre la mesa auxiliar en la que estaban las bebidas el correo de aquel día.

Y a partir de ahí comenzó lo que le tenía tan enfadado consigo mismo.

Con las prisas por arreglar la habitación que él había utilizado de despacho pero que debía ser la de su esposa, se había olvidado de dar instrucciones a los criados sobre dónde dejar el correo. Él tenía claro que su despacho a partir de ese momento iba a ser el que había sido de su tío abuelo, una estancia debidamente acondicionada para esa función, que se encontraba en la planta baja y que él no había utilizado hasta entonces tan solo por comodidad. Y porque hasta una semana antes ni se le había pasado por la imaginación casarse, claro.

Pero no les había dicho nada de sus planes a los criados y ellos habían dejado el correo en el lugar no adecuado.

Hasta ahí todo era más o menos normal, pero a partir de ahí venía lo que le estaba torturando por incomprensible. Un nuevo

olvido. Uno imperdonable.

Al ver las cartas, las había cogido y había decidido llevarlas al lugar que les correspondía, sobre la mesa de su despacho.Y ahí es donde se había equivocado. De manera inexplicable para sí mismo, había olvidado que su despacho había cambiado de lugar y, sin pensar, había entrado, decidido, en el que había sido su despacho hasta un día antes. Y que ahora era la habitación de su esposa. El día de la boda. Justo en el momento que, se suponía, todo marido debía entrar a consumar el matrimonio.

Mary y él eran amigos íntimos, pero jamás habían hablado de sexo. Su vida sexual, activa e intensa, y la vida sexual de Mary, inexistente, eran las únicas partes de sus vidas que dejaban fuera de su relación. Algo absolutamente normal entre un hombre y una mujer que no eran matrimonio. Cuando habían acordado la boda tampoco habían hablado de sexo porque no lo habían visto necesario, ambos sabían que se trataba de un matrimonio acordado y que no iba a haber sexo jamás.

Su irrupción intempestiva en la habitación de ella había derribado el muro que siempre se habían autoimpuesto respecto a ese tema. Era como si hubiera abierto la puerta de par para el sexo también.

En cuanto había vuelto a su habitación había pasado un primer momento intentando autoconvencerse de que no había pasado nada grave ni irreversible, pero el intento había durado poco. Enseguida había asumido que sí, que lo ocurrido era irreversible e iba a cambiar sus vidas para siempre.

Su relación de amistad era extrañísima. Él no conocía ninguna pareja de amigos hombre y mujer que hubiera perdurado en el tiempo. O acababan casándose o enfandándose por un amor no correspondido de uno hacia el otro. Siempre había estado convencido de que su relación con Mary había sorteado esos problemas y se había mantenido como amistad pura por dos razones, porque era una relación que no era pública y, por tanto, nadie iba a malmeter en ella, pero, sobre todo, porque no había componente sexual. Nada. Y aquello había sido natural, no les había costado.

Pero con su equivocación todo se había ido al traste. Ya no iban a poder mantener el sexo fuera de su relación.

¿Y por qué estaba tan convencido de aquello?

Porque en el poco tiempo que habían estado los dos en la habitación de ella, mirándose estupefactos a pocos centímetros uno del otro, todo había sido sexo.

Todo.

Había sido sexo su atuendo, con el torso descubierto y el pantalón de pijama tan fino, pegado a su cuerpo.

Había sido sexo la manera en que Mary le había mirado.

Había sido sexo el cuerpo de ella, tan sorprendentemente precioso, transparentándose bajo su delicado camisón.

Y, sobre todo, había sido sexo su erección. Potente e inesperada. Y su reflejo en la mirada de Mary.

Capítulo 21:

Y aún había algo peor.

Y es que cada vez que recordaba la escena, solo veía una cosa: el cuerpo precioso de Mary.

Y no tenía que recordar su erección, porque se volvía a hacer presente.

Daba igual que recordara sus pechos, maravillosamente perfectos y una sorpresa inesperada para él. Le bastaba con recordar su pelo. O la línea de su cuello. O los labios llenos. O… Todo. De repente, recordara lo que recordara de Mary, su cuerpo, su sexo, reaccionaban con una furia, una urgencia y una necesidad como no había sentido nunca.

¿Cómo iba a sobrellevar aquello?

Capítulo 22:

—Buenos días, Mary, ¿has descansado bien?

—Sí, perfectamente, gracias Charles ¿Y tú?

—Lo cierto es que sí, gracias también.

Después de esas dos mentiras descaradas y esa conversación impostada, impropia de ellos, durante unos minutos solo se escucharon los sonidos típicos del desayuno: el líquido del té cayendo sobre las tazas, el tintineo de los vasos de agua y zumo, el sonido rasposo de un cuchillo repartiendo mantequilla sobre una tostada e, incluso, el sonido de sus bocas y gargantas al masticar y tragar.

Ambos habían bajado a desayunar puntuales, a la hora que habían acordado el día anterior antes del desastre, y ambos estaban intentando mantener una actitud relajada, como si nada hubiera pasado. Pero no les podía estar saliendo peor.

Aparte de que no habían dormido apenas y aquello tenía efecto en su ánimo, ambos estaban tensos como no habían estado nunca antes. Si había algo que había caracterizado su relación, desde el primer día que se habían conocido, era una corriente interna de sintonía entre ambos. Siempre habían sentido que el otro les entendía perfectamente y que muchas cosas no era necesario hablarlas. Aunque eso les había ocurrido desde el inicio de su relación de amistad, la complicidad entre ambos no había hecho más que aumentar con los años.Y, de repente, veinte años después y de un día para otro, se sentían más alejados del otro que nunca. Más torpes y envarados que en toda su vida juntos.

A medida que iban pasando los minutos, el silencio entre ambos se iba haciendo más profundo e insoportable, mientras el sonido de los cubiertos y tazas, o del té pasando por sus gargantas no hacía más que aumentar la sensación de incomodidad.

Hasta que uno de los dos no pudo más.

Capítulo 23:

—Mary, mi irrupción ayer en tu habitación fue imperdonable. Me olvidé de que estabas allí, no era mi intención molestarte ni, mucho menos, violentarte, pero lo cierto es que lo hice. Ya no se puede volver atrás y sé que pedirte perdón no es suficiente, pero necesito que sepas que fue un error involuntario.

Charles había vuelto a hablarle como siempre, desde el corazón, con vehemencia y cariño, pero también, y por primera vez en su vida, con pesar. Estaba claro que estaba arrepentido por lo que había hecho, pero también que no lo había provocado a propósito.

Pero Mary ya sabía todo aquello, desde el día anterior. Quitando los primeros segundos de desconcierto, enseguida se había dado cuenta de que la irrupción de Charles había sido por una equivocación. El problema no era ese. El problema eran los

sentimientos que había provocado en ellos aquella irrupción involuntaria.

En cualquier caso, la confesión de Charles sirvió para romper la tensión que les estaba envolviendo desde que se habían reunido a desayunar y también para retomar su tono de siempre, de confianza y aprecio.

—Lo sé, Charles, me di cuenta. Por desgracia fue violento para los dos, pero ya ha pasado, solo tenemos que olvidarlo —Le respondió, recuperando ella también el tono de siempre con él.

—¿Olvidar qué? No sé a qué te refieres, Mary —dijo entonces Charles, serio con
cara de estupor.

Mary parpadeó y se puso seria por un momento, reflejando la misma expresión
que él, pero por otras razones. ¿Cómo era posible que Charles no supiera a qué se estaba refiriendo?. ¿Tenía que explicárselo? ¿De verdad tenía que explicárselo o se estaba burlando de ella? Mientras la indignación de Mary aumentaba, la expresión de Charles fue cambiando, perdió la seriedad y poco a poco le fue apareciendo una sonrisa que acabó siendo plena, y le confirió aquella expresión de

picardía que no solía mostrar muy a menudo, pero que a Mary le maravillaba.

"Claro que se acuerda", pensó entonces Mary. Y entendió lo que él estaba tratando de hacer y se unió a su juego, poniendo ella también una sonrisa pícara:

—Ummmm, lo cierto es que ahora yo tampoco recuerdo qué es lo que tenemos que olvidar.

Y ambos soltaron una carcajada que puso fin al episodio más incómodo y tenso de sus vidas.

Capítulo 24:

Lo intentaron ambos, con todas sus fuerzas.

Olvidarlo.

Él intentó olvidar el cuerpo de ella, tan perfecto, tan deseable.

Ella intentó olvidar el cuerpo de él, tan musculado, tan excitante.

Y ambos intentaron olvidar la erección evidente.

Pero fue un absoluto fracaso.

La memoria, tan volátil a veces cuando es necesaria, se mostró pertinaz con aquello que deseaban borrar y tuvieron que aprender a vivir con ello.

Lo que sí cumplieron a rajatabla fue sacar el tema de su conversación: no volvieron a mencionarlo.

Capítulo 25:

Mary había acertado en una idea: su habitación resultó ser una bendición para su nueva vida.

Tal y como había supuesto su primer día en el palacio, su alcoba se convirtió en su refugio, en el lugar en el que podía guarecerse cuando creía estar a punto de zozobrar ante los envites de sus sentimientos.

Vivir con Charles resultó ser tan difícil como había imaginado. Hasta entonces había tenido que disimular sus sentimientos tan solo cuando él iba al hogar. Aquello ocurría muy a menudo, dos o tres veces por semana y, algunas veces, todos los días. Además, cuando Charles se acercaba al hogar no lo hacía por poco tiempo: pasaba varias horas allí. Muchas veces comían juntos, otras, cenaban, y de vez en cuando, las dos. Pero claro, aquel contacto, a pesar de ser más intenso que el que la mayoría de las personas mantenían con sus amigos, no se podía comparar con lo que suponía vivir con una persona. Y que esa persona fuera tu marido.

De repente, Mary había pasado a tener que disimular lo que sentía por él durante algunas horas algunos días, a tener que hacerlo todos los días a todas horas.

Bueno, esto último era una exageración. Las noches estaban libres de Charles y esto iba a ser así siempre gracias a la terrible equivocación de la primera noche: a ninguno de los dos se le ocurría acercarse a la puerta que comunicaba ambas alcobas, ni siquiera a un metro, era como si quemara. Y, por otro lado, Charles era un lord, tenía muchos compromisos además de las sesiones de la Cámara, compromisos y sesiones que lo alejaban del palacio por muchas horas.

Por contra, era cierto que ella se había quedado sin la ocupación de su vida, ambos habían decidido que, hasta regularizar la situación, ella debía mantenerse alejada del hogar físicamente. Eso la encadenaba al palacio y, aunque él no estaba a menudo, siempre que estaba él, ella también estaba.

A efectos prácticos aquello quería decir que todos los días desayunaban, comían y cenaban juntos y, muchos días, también tomaban el té.

Esto suponía para Mary muchas horas diarias juntos, muchas horas intentando olvidar lo que había visto el primer día en la alcoba

de ella. Muchas horas disimulando lo que llevaba veinte años sintiendo.

Una auténtica pesadilla para Mary, que se había quedado sin lo que le apasionaba, el hogar, y en su lugar tenía tan solo lo que le hacía sufrir, tener a Charles sin tenerlo.

Y ahí fue donde su habitación se convirtió en su salvación.

Cuando, por lo que fuera, Charles tenía que pasar más tiempo en el palacio, ella se encerraba en su refugio. Siempre se buscaba alguna excusa, todas relacionadas con el hogar: que tenía que revisar las cuentas, que debía escribirles una carta a las chicas, que debía encargarse de la contratación de una nueva cocinera…, porque, aunque no estaba físicamente en el hogar, Mary seguía ocupándose desde la distancia. Así que, dentro de lo difícil que estaba siendo todo, tener un lugar al que podía escapar lo estaba haciendo más llevadero. Además, por suerte, Charles, que era un caballero, siempre respetaba sus peticiones de privacidad sin hacer preguntas.

Capítulo 26:

Charles no sólo estaba respetando su necesidad de privacidad porque era un caballero, sino porque necesitaba que ella desapareciera de su lado, tanto como ella necesitaba desaparecer del lado de él.

Mientras que para Mary la situación estaba siendo difícil, pero era conocida, para él estaba siendo doblemente difícil porque era nueva y, además, no sabía cómo manejarla.

Una semana después de la boda ya había sabido ponerle nombre a lo que estaba sintiendo: se había obsesionado con el cuerpo de Mary.

No era la primera vez que le ocurría algo así, por supuesto. Era un adulto, llevaba media vida relacionándose con mujeres y con algunas había llegado a sentir algo parecido a la obsesión. De joven había pasado noches sin dormir soñando con poseer a la última beldad de la alta sociedad, y más noches, recordando noches de

sexo inolvidables con muchas de aquellas mujeres, porque Charles era muy atractivo y no había tenido problema para poseer a las mujeres que había deseado.

Sí, reconocía aquel deseo, aquella fiebre que podía nublar todo lo demás. Hacía mucho que no le ocurría, pero no era nuevo para él. Pero había dos cosas que sí eran nuevas y que le estaban quitando el sueño de otra manera. La primera, que el deseo por Mary era más fuerte que nada que hubiera sentido antes.¿Por qué lo que sentía era tan fuerte? ¿por qué no podía parar de pensar en ella? ¿por qué se le colaba incluso en los sueños?

Había poseído a mujeres más bellas que ella , pero ya tenía claro que por ninguna había sentido aquel grado de pasión.

Y la segunda cosa que le quitaba el sueño era que todo aquello lo estaba sintiendo por ella, por Mary.

Mary, su amiga del alma, la mujer a la que más quería…, pero no de aquella manera.

Hasta el momento no había tenido problema para mantenerla tan solo como amiga. Bueno, de hecho, no es que no hubiera tenido problemas, es que no se le había pasado por la imaginación tener una relación de otro tipo con ella. Llevaba veinte años teniéndola como su mejor amiga sin haber pensado ni una sola vez en sexo con

ella. pero, de repente, al verla medio desnuda, la puerta del sexo se había abirto de par en par. Y con una fuerza inusitada, como si los veinte años anteriores se hubieran acumulado de repente.

Y eso no podía ser, no podía ocurrir. No con Mary.

Eso era lo que se repetía desde hacía una semana, pero su cuerpo no respondía a sus órdenes. Durante el día se sentía tenso y esa tensión se multiplicaba los momentos que pasaba con ella. Y por la noches todo empeoraba, ya que la tensión acumulada le provocaba un cansancio extremo, pero, al mismo tiempo, su energía sexual no satisfecha le impedía dormir.

Lo cierto era que esa tortura a la que se sentía sometido por sus deseos era tan solo mental. En el día a día estaba siendo capaz de aguantar los envites de su cuerpo. Era un hombre adulto y un caballero y tenía perfecto control sobre sus instintos. No se iba a abalanzar sobre Mary y estaba siendo capaz de comportarse con ella con respeto. Habían perdido la frescura de su relación, ya no reían tanto, y se había levantado entre ellos un muro invisible que, por su parte al menos, tenía que ver con lo que estaba sintiendo, pero no se había producido ningún desastre.

Deseando ser optimista, todos los días se levantaba diciéndose que aquello pasaría. Que dejaría de desear a Mary de

aquella manera, que volvería a verla como lo que había sido siempre, su mejor amiga. Que su amistad perduraría y no se rompería. Y lo cierto es que aquello consiguió mantenerle optimista hasta que una semana después de la boda ocurrió algo que complicó todo aún más.

Capítulo 25:

—¿El Rey? ¿Una cacería? ¿Te ha invitado antes a algo así? ¿Un fin de semana entero? ¿Tengo que ir yo?

El asombro y el bombardeo de preguntas con el que Mary estaba respondiendo a lo que acababa de comunicarle después de desayunar no se lo estaba poniendo fácil. Él mismo se había formulado esas mismas preguntas cuando había recibido la invitación del Rey.

Antes de desayunar con Mary, tenía la costumbre de entrar en su despacho y leer el correo diario. Aquel día había hecho lo mismo, pero nada más vio algo que captó su atención totalmente: una carta con el membrete real, encima de todo el correo.

Aquello había provocado que él se hiciera la misma primera pregunta que le había hecho Mary. ¿El Rey?. Porque sí, era asombroso que el Rey le escribiera directamente. Él era un Lord, pero por el momento, hasta que su padre muriera, no tenía título

nobiliario y, además, era bastardo. Esas dos condiciones eran suficientes para que el Rey no tuviera una relación directa con él. Le invitaban a recepciones reales, pero solo a las que tenían que ver con la cámara de los Lores, y ahí acababa todo el contacto, indirecto, que tenía con el monarca.

Que le escribiera una carta directamente era inusitado.

La abrió inmediatamente y, a medida que la fue leyendo, se fue haciendo, una tras otra, el resto de preguntas que le había hecho Mary. Porque, efectivamente, en aquella misiva el Rey le estaba invitando a una cacería en su palacio del condado de Berkshire, en el sur de Inglaterra, a treinta millas de Londres. Y no era una cacería cualquiera, sino que debía quedarse a pernoctar en el palacio real tres noches. Y debía acudir con Mary.

El Rey organizaba ese tipo de encuentros, pero sólo con los nobles más cercanos, con quienes tenía mucha confianza. Y, desde luego, no solían invitar a las esposas.

Todo era insólito.

Capítulo 27:

El coche traqueteaba más de lo habitual. Charles, a diferencia de la mayoría de nobles, no era amante de las cacerías y las evitaba en lo posible. Esa era la razón de que no tuviera un coche de caballos adecuado para los caminos tortuosos que llevaban a los palacios de la campiña.

Esta vez iban a un palacio real, pero eso no había sido suficiente para acondicionar un camino que era más para carromatos que para coches de ciudad.

En cualquier caso, aquella incomodidad era lo de menos. Mary y Charles,
sentados uno al lado del otro, estaban absortos en sus pensamientos, más preocupados por el fin de semana que se avecinaba que por los golpeteos e incomodidades del viaje.

Aunque esto último también acabó jugándoles una mala pasada. En uno de esos traqueteos una rueda entró en un bache

más grande que los anteriores y el coche se escoró hacia la derecha peligrosamente. El cochero reaccionó rápidamente y logró enderezar el vehículo, pero lo que no pudo solucionar fue lo que ocurrió dentro del habitáculo. Mary, que estaba sentada a la izquierda de Charles, se elevó sobre el asiento, como si volara, y cuando volvió a bajar, no lo hizo sobre el asiento de cuero, sino sobre las piernas de Charles.

Mientras el coche volvía a la verticalidad, ellos se quedaron paralizados, en aquella postura inesperada. Ninguno de los dos era capaz de reaccionar, a pesar de lo anómalo de la situación. La mente de Mary repetía circularmente que no debería estar sentada sobre Charles, pero no conseguía que su cuerpo reaccionara a la orden de moverse. Y Charles, por su lado, solo era capaz de sentir el peso de Mary, liviano, sobre él. Y su olor tibio y dulce. También sabía que aquello era extremadamente peligroso teniendo en cuenta lo que estaba sintiendo los últimos días. Tener a Mary sobre él aún no le había provocado una erección, seguramente porque no se había repuesto de la primera impresión, pero podía ocurrir en cualquier momento y entonces el desastre podía ser absoluto. Sin embargo, él tampoco era capaz de moverse.

Finalmente, fue de nuevo el camino el que propició el cambio. Esta vez el bache estaba a la izquierda. De nuevo, Mary

volvió a botar, pero esta vez el movimiento del coche fue el contrario y acabó de nuevo con sus posaderas sobre su zona de asiento.

Aquello hizo que por fín pudieran reaccionar ambos:

—Perdón —dijo ella, apurada, haciendo referencia a lo que acababa de ocurrir.

—Disculpa —dijo él, al mismo tiempo, con el mismo sentido.

—No ha sido tu culpa —dijeron, esta vez al mismo tiempo.

Habían hablado de manera precipitada, para zanjar el asunto lo antes posible, pero el hecho de hacerlo a la vez les provocó incomodidad de nuevo.

Finalmente, Charles decidió cortar por lo sano desviando la atención de ellos dos:

—¡Tenga cuidado, por favor! —le dijo al cochero, sacando la cabeza de la ventanilla y de manera injusta, ya que el hombre no tenía la culpa de que el camino estuviera en tan malas condiciones, además de que estaba guiando el coche de manera muy hábil y profesional.

En cualquier otro momento Mary le hubiera afeado esa actitud a Charles, bueno, en cualquier otro momento Charles no habría hecho aquello, pero esta vez ambos callaron y se sintieron

aliviados. Centrar la atención en el cochero les sirvió para apartar de sus mentes lo que acababa de ocurrir.

Y, por otro lado, el cochero estaba acostumbrado a los excesos de los nobles y no se sintió especialmente ofendido. Se limitó a responder educadamente:

—Por supuesto milord —y apenas unos segundos después, añadir —Estamos llegando.

Capítulo 28:

Nada más escuchar al cochero ambos asomaron sus cabezas por las ventanillas de su lado y comprobaron que, efectivamente, estaban a punto de llegar al palacio real.

El lugar era magnífico. La zona más cercana a ellos estaba salpicada de arbolado, pero en poca cantidad, de manera que el

páramo se extendía ante sus ojos. La hierba estaba adornada de argoma amarilla y flores silvestres en color lila y rosa. A su izquierda se veía una franja de mar, en color gris, y de allí les llegaba también su olor salado. A su derecha, un bosque frondoso, el lugar donde seguramente iba a tener lugar la cacería, y al frente, un camino empedrado que llevaba al castillo que se erguía al fondo majestuoso.

Era la primera vez que Mary salía de Londres. Hasta el momento, inmersa en sus preocupaciones, apenas había observado el paisaje y cuando lo había hecho, un par de veces en todo el camino, no había provocado impacto en ella, pero, de repente, fue como si lo viera por primera vez. Todo. El páramo encantador, el mar misterioso al fondo, el bosque frondoso y sugerente y, sobre todo, aquel castillo grande y poderoso.

—Es…es…maravilloso.

Soltó, sobrecogida por la belleza.

Charles estaba más acostumbrado que ella a ese tipo de lugares. Para empezar, llevaba toda su vida moviéndose entre Inglaterra y Escocia. Conocía paisajes como aquel y otros aún más impresionantes. Y en Escocia su madre poseía dos palacios, uno en Edimburgo, parecido al que habitaba él en Londres y otro en las Highlands. Ninguno de los dos era tan impresionante como el que

tenían ante sus ojos, pero el castillo de las Highlands, siendo más pequeño, destilaba un misterio y una fuerza que, en su opinión eran superiores a aquel castillo real.

Por eso a él el lugar no le impresionó tanto. Lo que sí lo hizo fue ver la reacción de Mary. Ver sus ojos abrirse y brillar por la emoción de lo que estaba observando le emocionó tanto como a ella ver aquellos lugares.

"Es preciosa", pensó, sin poder parar aquel pensamiento, e inmediatamente después: "me gustaría llevarla a Escocia".

Este último estuvo a punto de soltarlo en alto "Me gustaría llevarte a Escocia, Mary, allí verías lugares tan maravillosos como este. Mejores. Y yo podría disfrutar de tu asombro y de la emoción de tus descubrimientos".

No lo dijo en alto, por supuesto, pero solo imaginar que estaba a punto de hacerlo le demostró lo resbaladizo y peligroso que era el terreno que llevaba días transitando.

"Va a ser un fin de semana difícil" pensó finalmente, soltando un suspiro y haciendo que ella le mirara, extrañada.

Por suerte, justo en ese momento el coche se detuvo frente a la entrada del castillo.

Capítulo 29:

Si el castillo era imponente por fuera, una vez dentro, la impresión que causaba el exterior empequeñecía. Y esta vez fueron los dos quienes se quedaron sin palabras.

Charles estaba acostumbrado al lujo, su propio palacio, de hecho, era lujoso. Y también había estado varias veces en el palacio real, el lugar más lujoso de Inglaterra, pero aquel lugar era diferente y, por eso mismo, impactante.

Por el momento estaban tan solo en el vestíbulo, pero aquella estancia que, en principio, era una de las más sencillas de cualquier castillo, superaba todas sus expectativas. Para empezar había una presencia abundante de muebles de madera oscura y maciza, que transmitían una sensación de elegancia atemporal. De riqueza. Entre todos ellos destacaban varios armeros con rifles y escopetas pulcramente expuestas. Todas las paredes estaban revestidas de paneles de madera, a menudo con tallas decorativas.

Unas tallas delicadas y exquisitas que escenificaban elementos de la naturaleza y escenas de caza. El suelo, que en todos los vestíbulos que él había conocido hasta el momento, solía estar hecho de losas de piedra o, en los casos más lujosos, de mármol, en este lugar no se veía, ya que estaba tapizado de alfombras gruesas, hechas de pieles de animales.Y por doquier, pero perfectamente colocados para crear armonía en el ambiente, había trofeos de caza: cabezas de ciervo, jabalí, faisanes disecados…

Y para Mary, que no estaba acostumbrada como Charles a moverse por mansiones nobles, la impresión fue aún mayor. Ella, que no se acobardaba ante nada, en aquel vestíbulo se sintió pequeña e insignificante. Hasta los propios criados, que estaban en línea, esperándolos para recibirles formalmente, le hicieron encogerse. Desde que se había casado, había hecho confeccionar varios vestidos acordes a cómo debía vestir la esposa de un Lord, pero sus gustos austeros y el rechazo que siempre había tenido a la ostentación habían hecho que aquellos vestidos, aunque hechos con las telas más exquisitas, fueran, finalmente, demasiado sencillos. Se dio cuenta de que aquello había sido un error cuando vio que las criadas parecían mejor vestidas que ella, con sus uniformes hechos

de telas tan exquisitas como los de sus vestidos, pero con adornos y puntillas que ella había desechado.

Por suerte, la impresión que estaban sintiendo ambos se suavizó enseguida en cuanto el hombre que estaba en el extremo de la fila de criados, mejor vestido aún que el resto, se acercó a ellos, les hizo una reverencia y, con educación exquisita, les dijo:

—Lord y Lady McKay, bienvenidos. Esperamos que encuentren un castillo acogedor. Para cualquier cosa que necesiten, por nimia que les parezca, no duden en contar con nuestros servicios. Yo soy Reginald, el mayordomo.

Charles, acostumbrado a moverse en esos ambientes, reaccionó perfectamente.

—Buenas tardes, Reginald, gracias. Y gracias a todos —añadió, mirando uno a uno a todos los criados, con una sonrisa perfecta. —Lady McKay y yo estamos encantados de encontrarnos aquí. No tenemos ni una duda de que va a ser una estancia maravillosa, entre otras cosas, gracias a su amable servicio.

Lady McKay, es decir, Mary, se limitó a sonreír. Aún no encontraba palabras para expresarse, seguía impresionada con todo. Ya no sólo por el entorno, sino por la propia reacción de su esposo. Era la primera vez que estaban fuera de su palacio como marido y

mujer. Y esta primera prueba le estaba mostrando que iba a ser mucho más difícil para ella que para él. Charles se había acomodado perfectamente a la situación y se acababa de mostrar encantador, educado y, por supuesto, distinguido.

Y también había hablado en su nombre.

A Mary no le gustaba que hablaran por ella. Llevaba toda la vida defendiendo la independencia de las mujeres respecto de los hombres, pero estaba tan acogotada aún, que aceptó sin soltar un suspiro la respuesta de él incluyéndola a ella. Ahora bien, el hecho de que lo aceptara no significa que no le preocupara. Al parecer, ya no solo tenía un problema: disimular sus sentimientos hacia Charles, ahora también se le unía la preocupación por perder su voz.

—Supongo que necesitarán asearse después del viaje, así que les acompañaré a su alcoba.

—Sí, Reginald, perfecto —continuaron la conversación el mayordomo y su "esposo", ajenos a lo que estaba ella sintiendo.

"Espero que sea pasajero", pensó finalmente, para tranquilizarse, mientras comenzaban a andar tras el mayordomo.

En el camino hacia sus alcobas, pasaron por otras zonas del castillo, igual de impresionantes que el vestíbulo. O quizá maś.

Vio tapices preciosos, cuadros al óleo, platería y cristalería lujosa tras alacenas brillantes y, sobre todo, una magnífica escalera de madera labrada, cuyos escalones estaban alfombrados por un grueso terciopelo granate sobre el que sus pies se hundían con una suavidad como no había sentido nunca.

Mientras terminaba de subir la escalera, pensando que estaba a punto de entrar en un nuevo refugio que le permitiría recomponerse para enfrentar los próximos días, se dio cuenta de una cosa.

Reginald, el mayordomo, había dicho "su alcoba", en singular.

Pero aquello no podía ser. Era impensable que en un palacio real se alojara a un matrimonio noble en una sola habitación. Lo normal, lo adecuado, era que cada uno de los esposos contara con su propia alcoba.

"¿No?", se dijo a sí misma, con una atisbo de duda.

"¡Pues claro!", se contestó, "entre nobles las cosas son de esa manera", se reafirmó.

"Ha debido ser una equivocación o he oído mal", se dijo finalmente, tranquila del todo, justo en el momento en que Reginald se paraba ante una puerta de madera noble y maciza.

Capítulo 30:

No había oído mal y Reginald no se había equivocado.

Al parecer, en la residencia real no se cumplían los mismos protocolos que en el resto de residencias nobles y se había decidido que compartieran la misma alcoba.

Y el mismo lecho, ya que en la estancia, que era tan magnífica como el resto del castillo, sólo había una cama.

La cama más pequeña del mundo.

Bueno, esto último era falso. La cama era grande, más, de hecho, que la que ocupaba ella en su nueva residencia. Tenía un dosel alto, adornado con una tela de color granate vivo, al igual que la cocha. La ropa de cama, en hilo delicado, tenía bordadas la iniciales reales, los almohadones eran gruesos y mullidos.

Era, como todo lo del lugar, una cama espléndida que invitaba a dejarse envolver por ella. Pero era una, solo una. Una cama que debían compartir con Charles y que, por eso mismo, se

convertía en demasiado pequeña. Además de en un enorme problema.

El mayordomo había salido ya, anunciándoles que estaban solos en el castillo, que el resto de invitados, con los reyes incluídos, llegarían al día siguiente. Finalmente, les había preguntado si deseaban cenar en el comedor o preferían que los criados les subieran algo a la habitación y Charles había decidido por ella —que continuaba muda —que mejor que les subieran unas viandas.

—No te preocupes, tiene fácil solución: dormiré en el suelo.

La voz de Charles, grave y segura, le sacó de su estado de estupor. Él, al igual que ella, se había dado cuenta del problema que iban a tener esa noche, y había encontrado una solución caballerosa, como todo en él.

Aquello hizo que ella por fín pudiera reaccionar y sacara a la luz todas las dudas que había tenido desde que habían puesto un pie en el castillo:

—¿Tienes idea de por qué estamos solo nosotros? ¿Por qué el resto viene mañana?

—Lo cierto es que no. Me sorprende tanto como a ti. Te aseguro que la invitación que recibí señalaba claramente que era hoy el día en el que debíamos presentarnos. De hecho, yo diría que

era casi imperativo, tanto el día como la compañía. Porque también subrayaba varias veces que querían que viniera contigo.

—No parece entonces un malentendido.

Dijo Mary, mirándolo pensativa.

—No, el rey no comete ese tipo de malentendidos, detrás de todo esto hay una intención clara, un objetivo. No sabemos cuál es, pero no dudes de que lo hay.

—¿Crees que puede tener que ver con el hogar? —dijo Mary, con el corazón encogido. Los últimos acontecimientos habían alejado un poco el problema del hogar, pero cuando lo recordaba, su preocupación seguía siendo extrema. No podía perder el hogar, ahora menos aún que antes. Lo necesitaba para sobrellevar la situación en la que estaba. Necesitaba su espacio personal, su objetivo de vida, para no naufragar en los sentimientos agitados que le provocaba vivir con Charles.

—Podría ser… —dijo Charles pensativo, antes de zanjar con tranquilidad —pero no te preocupes, Mary, tarde o temprano lo sabremos y lo enfrentaremos. Y recuerda que voy a luchar por el hogar hasta las últimas consecuencias.

Por un momento, Mary se sintió como una semana antes. Cuando Charles solo era su amor secreto, un amor que había

aprendido a ocultar y gestionar, y también era su mejor amigo y el espadachín que la salvaba de todos sus problemas.

Seguía siendo todas esas cosas, pero ahora el amor y la atracción que sentía por él se habían desbordado.

Y para que fuera todo aún más difícil, tenían que dormir en la misma habitación.

Charles ya le había dicho que dormiría caballerosamente en el suelo, pero aquello no iba a impedir que compartieran la misma estancia. Allí debían desvestirse, asearse, ponerse la ropa de dormir… y no había ni un mísero biombo para ocultarse uno del otro.

Justo cuando ya empezaba a alterarse pensando en todo aquello, una llamada a la puerta hizo que volviera a la realidad del momento. Era uno de los criados, que les traía la cena.

El joven entró con un carro lleno de bandejas cubiertas y descubiertas, además de un par de botellas de vino de Burdeos. No tenía hambre, pero pensó hacer un esfuerzo, ya que había compartido con Charles la última semana todas las comidas y ya estaba empezando a sentirse más cómoda en esa situación.

No se equivocó. En cuanto el criado salió de la habitación, Charles, con agilidad, acercó a la mesa dos sillas y con gesto elegante y cómplice señaló una silla con la mano y le dijo:

—Milady, sería un honor para mi compartir esta cena real con usted.

Ella soltó una risa, se sentó y empezaron a comer y a hablar con complicidad.

Al menos por un rato, volvían a ser los Mary y Charles de siempre.

Capítulo 31:

Pasaron un buen rato hablando, riendo y planeando cómo iban a mantener el hogar en marcha y cómo iban a conseguir que ella siguiera al frente. Aún no habían conseguido nada de todo aquello, pero al recuperar por un momento la relación como siempre la habían tenido se sintieron optimistas. También ayudó el vino de Burdeos, aunque ambos lo tomaron de manera comedida, porque no querían perder el control.

Pero la cena acabó y llegó la hora de acostarse. Es decir, el momento más incómodo.

—Tendremos que dormir —dijo Mary, casi como si se tratara de una condena, pero dándose cuenta de que no podían retrasar más el momento. Al día siguiente llegarían los reyes y toda su comitiva, debían estar frescos y en buenas condiciones.

Charles, en vez de contestar, se levantó, se acercó hacia la silla sobre la que había dejado el magnífico abrigo de paño con el que había viajado y se lo puso:

—Voy a dar una vuelta por los jardines, Mary. Cuando vuelva estarás dormida.

Sonrió, pero ya de manera diferente a como lo había hecho durante la cena. De nuevo su rostro tomó aquella expresión encantadora, pero distante que estaba utilizando con ella desde que se habían casado, y salió de la habitación antes de que ella contestara.

Y Mary se quedó sola con una sensación extraña y difícil, ya que dos sentimientos contrapuestos la llenaron entera con toda su fuerza.

Por un lado, alivio.

Charles había conseguido gestionar aquella situación tan difícil, primero, decidiendo dormir en el suelo y, segundo, dándole espacio para desvestirse y acostarse sin su presencia.

Pero, por otro lado, sintió enfado y tristeza.

En el fondo de su corazón, muy en el fondo, durante la cena se había encendido una luz de esperanza. Había estado tan bien con él, tan cómplices como siempre, pero, al mismo tiempo, en una alcoba con una cama omnipresente en medio, que había pasado por su mente la idea de que Charles podía llegar a amarla como ella a

él. De que aquella noche podía ocurrir lo que siempre había anhelado.

Pero no, todo había sido un espejismo. Y Charles lo había roto al ponerse aquel abrigo con tanta tranquilidad, controlando la situación y saliendo sin mirar atrás.

Antes de caer en la niebla del sueño, tuvo un último pensamiento de rabia. Contra él. Era su mejor amigo, pero también la estaba torturando con su indiferencia. ¡Qué difícil iba a ser todo!

Capítulo 32:

Mary estaba muy equivocada, porque mientras, en el jardín, Charles paseaba lentamente sin gota de indiferencia.

Hacía un grado bajo cero y el cielo se veía despejado. La hierba se había empezado a llenar de cristales de hielo y el aliento de Charles se convertía en un vaho espeso y blanco que le seguía en sus pasos.

Aquel abrigo era magnífico, pero no para utilizar en una noche tan fría. Además, se había olvidado de coger el sombrero y los guantes, así que estaba congelándose.

Pero en aquel momento aquella incomodidad no era nada al lado de los sentimientos que agitaban su espíritu.

Mary le había visto tranquilo y controlado cuando había salido de la habitación, pero nada de eso había sido cierto.

Había disfrutado mucho durante la cena, pero en ningún momento había podido quitarse de la mente que iba a tener que

pasar la noche en la misma habitación que ella. Y no había podido hacerlo, porque cada vez que ella había reído con aquella risa cantarina, o se había echado el pelo hacia atrás, en un gesto que él le había visto mil veces, pero que, de repente, parecía diferente, su cuerpo había reaccionado excitándose.

No se había tratado de una excitación extrema, sino ligeras corrientes de deseo que conocía bien. Esas que se sienten en el inicio de una relación romántica o en los prolegómenos de una relación sexual. Es decir, lo que no debía sentir por Mary.

Finalmente, cuando ella había dicho que debían dormir. En su mente habían aparecido un montón de imágenes perturbadoras, de ambos echados sobre el lecho, en las posturas más excitantes.

Por eso se había levantado de golpe y había salido de la habitación, casi de manera maleducada. No estaba controlando nada ni manteniendo la calma, al contrario, huía porque estaba a punto de perder el control.

Todo aquello le estaba torturando mientras daba vueltas y vueltas alrededor del jardín, pero ni siquiera era lo único: había más. También se había mostrado tranquilo cuando Mary había expresado su perplejidad por encontrarse solos en el castillo real. No tenía ni una duda de que había sido algo buscado por los reyes, tal y como

le había dicho a Mary, pero no estaba en absoluto tranquilo, como había aparentado ante ella.

Los reyes no hacían nada en vano. Podría tener que ver con algo relacionado con el hogar, como había supuesto Mary, pero tampoco veía esa relación. En cualquier caso, era una complicación añadida a la ya complicada situación personal en la que estaban. Al día siguiente tendría que seguir disimulando ante Mary lo que estaba sintiendo junto a ella y, al mismo tiempo, tratar de descubrir qué tramaban los reyes.

Sin sacar nada en claro, más allá de que se estaba congelando, decidió volver a la habitación. Había pasado más de una hora desde que había salido de ella y esperaba que Mary estuviera ya dormida.

Entró de nuevo en el castillo frotándose las manos para intentar que la circulación volviera a ellas, subió las escaleras sigiloso y más sigiloso aún, entró en la habitación que debía compartir con Mary.

Estaba oscuro y se escuchaba la respiración acompasada de ella, así que por esa noche al menos, la situación estaba salvada.

El rescoldo de las brasas le iluminó lo suficiente para acercarse a la chimenea. Justo frente a ella había una mullida manta

de pelo. Había decidido utilizarla de colchón y taparse con otra gruesa manta de lana que descansaba sobre un sillón. Para cualquier otro habría sido una situación incómoda, pero él había pasado por situaciones mucho más incómodas. Además, estaba tan cansado, por el viaje y por los quebraderos de cabeza, que comenzó a adormecerse inmediatamente.

Por un momento volvió a repasar mentalmente todo lo que le preocupaba, hasta detenerse de nuevo en las motivaciones de los reyes para ponerles en aquella tesitura. Era, pensó en el último momento antes de caer dormido, como si los reyes hubieran decidido ofrecerles la noche de bodas que en realidad no habían tenido.

"Vaya noche de bodas", pensó finalmente, y se quedó dormido con una sonrisa irónica en los labios.

Capítulo 33:

El día amaneció con un sol maravilloso. Estaban en pleno invierno y fuera, como ya había comprobado Charles la noche anterior, hacía un frío de mil demonios, pero los gruesos muros del castillo protegían de aquel frío, mientras que las cristaleras permitían que los rayos del sol se colaran dentro de la habitación.

La luz luminosa y el aire tibio hicieron que Charles, que había dormido profundamente, se despertara de manera paulatina y suave, muy suave… hasta que la incomodidad del suelo bajo su cuerpo le hizo incorporarse sobresaltado.

Y se encontró de repente con los ojos de Mary mirándolo.

Todo duró apenas un segundo, pero fue perturbador.

Ella ya se había levantado y no solo eso, sino que se había aseado y vestido.

Estaba, de nuevo, preciosa.

La conocía desde hacía más de veinte años y jamás había pensado en aquellos términos sobre ella, pero desde que se habían casado, lo hacía cada poco tiempo.

Pero es que era cierto: estaba preciosa.

Mejor dicho, era preciosa

Con su pelo negro de rizos apretados y exóticos, su cintura, extremadamente estrecha, que invitaba a posar sus manos sobre ella, y su pechos que, aunque pequeños, eran perfectos.

¿Cómo no se había dado cuenta hasta entonces?

Pero es que no era sólo eso. Era también la expresión de su cara, tan inteligente, y su mirada, tan dulce y profunda al mismo tiempo.

Ella estaba sentada en un sillón a su izquierda, pero mirándolo fijamente, de una manera indescifrable. En cuanto él se había incorporado sobresaltado, ella había apartado la mirada, pero no lo suficientemente rápido como para que él no se diera cuenta de que ella llevaba allí un rato mirándolo así. Viéndolo dormir.

Y al darse cuenta de aquello, su corazón se aceleró.

Y eso le hizo también moverse, no podía permitir que su corazón se acelerara de aquella manera por ella:

—Buenos días, Mary —empezó a hablar mientras se incorporaba, recuperando la compostura y su saber estar a pesar de lo anómalo de la situación —veo que tú ya estás preparada para bajar a desayunar, en un momento estaré yo también.

—De acuerdo, Charles, te esperaré en el comedor.

El tono de ella no había sido tan controlado como el de él. Mary, tal y como había adivinado Charles, llevaba un buen rato observándolo dormir. Encandilada. Había disfrutado viendo cómo su pecho subía y bajaba acompasadamente, había mirado fascinada aquel rostro que tanto amaba, su piel, su nariz, sus labios llenos… Mary había aprovechado para mirarlo como no podía hacer nunca: sin censura, sin miedo. Y justo cuando estaba mirándole con más emoción, él había abierto los ojos. Y, estaba segura, había leído dentro de ella. Por eso, en cuanto él había dicho que iba a vestirse, ella decidió aprovechar para marcharse. Necesitaba tiempo para recuperarse de lo que acababa de ocurrir. Con un poco de suerte, para cuando Charles bajara al comedor, ella ya sería dueña de sí misma y a él se le habría olvidado lo que acababa de pasar.

Pero esta vez Charles no le ayudó:

—¡No! —respondió, brusco.

—¿No?

Le dijo ella, asombrada con su reacción.

—Quiero decir que es mejor que esperes. A estas horas ya pueden estar los reyes, es mejor que bajemos juntos. No sabemos qué traman, pero lo que está claro es que tenemos que mostrarnos como un matrimonio de recién casados bien avenidos. Es fundamental para nuestro plan. Si bajamos separados, levantará suspicacias.

—Ah…sí…es cierto…tienes razón —No le quedó más remedio a Mary que aceptar.

Lo último que necesitaba era quedarse en aquella habitación mientras Charles se aseaba, pero dada la situación en la que estaban alojados en el castillo, aquello iba a ocurrir tarde o temprano.

Había llegado la hora, pensó finalmente Mary, tragando saliva.

Capítulo 34:

Charles había forzado que Mary se quedara en la habitación porque, tal y como le acababa de decir a ella, si querían que sus planes de mantener el hogar con Mary al frente salieran bien, debían evitar cualquier situación que diera a entender que no eran un matrimonio real. Pero lo que era bueno para sus planes, se había convertido en un desastre en ese momento.

La noche anterior, agotado, pero también con miedo de despertar a Mary si hacía ruido, se había dormido con la ropa puesta. Ahora se arrepentía de no haberse desvestido y aseado, porque no solo tenía que vestirse, sino que permanecer un buen rato desnudo mientras se aseaba. Y todo eso con Mary en la habitación, sin una sola esquina en la que conseguir intimidad.

Para colmo, Mary seguía de pie en la mitad de la habitación, tal y como se había quedado cuando él le había dicho que no se

marchara sin él. Parecía tan incómoda como él y aquello no ayudaba.

Decidió empezar a moverse poco a poco, hasta que se le ocurriera cómo desvestirse, asearse y vestirse sin que ella lo viera todo.

Se acercó al baúl de viaje, buscando la ropa más adecuada para desayunar con los reyes. Escogió un traje de color verde musgo, casualmente del mismo color que el sencillo vestido que llevaba Mary. También buscó una camisa blanca con unos bordados delicados en las mangas, que eran abullonadas. Y un chaleco con adornos de cashemir en azul y verde iridiscente. Sacó la ropa del baúl, que estaba en un extremo de la habitación y la fue colocando encima de la cama, que estaba en el otro extremo. Cada vez que iba del baúl a la cama tenía que pasar al lado de Mary, que estaba en mitad de su trayectoria y, aunque no era su intención, un par de veces la rozó:

—Perdón

—Perdona.

Los dos respondieron, casi al unísono.

La situación no podía ser más incómoda, sobre todo por la actitud de Mary, que no se movía a pesar de que era evidente que le

estaba molestando a Charles en su trajín de un lado al otro con la ropa.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no se apartaba de su trayectoria?

Él, por supuesto, no le iba a decir que se apartara. Pero cuando tuviera todo dispuesto y le tocara quitarse la ropa y asearse, si ella continuaba allí, paralizada, tendría que decirle algo.

Por suerte, cuando ya tenía todo preparado, medias y botas incluídas, ella pareció darse cuenta de que no era adecuado seguir en medio y se movió.

En un lateral de la habitación, en el extremo opuesto al espejo de cuerpo entero frente al que iba a vestirse Charles, había un pequeño tocador con una silla. Mary se dirigió al lugar y se sentó, de forma que le dió la espalda a él y al espejo. Al lado justo del pequeño tocador había una ventana, así que Mary dirigió su mirada hacia la ventana.

Al final, lo que había parecido irresoluble se había solucionado de la mejor manera posible, pensó Charles. Mary había escogido el único lugar de la habitación que le iba a permitir intimidad para desvestirse.

Y comenzó a hacerlo.

Capítulo 35:

Mary no había decidido quedarse parada en la mitad de la habitación, se había quedado paralizada por el pánico.

De repente, se había dado cuenta de que no había un lugar al que huír, no había manera de escapar de la escena que iba a ocurrir inmediatamente. Charles se iba a desnudar delante de ella y ella iba a ver partes de su cuerpo con las que llevaba fantaseando toda su vida, pero esta vez de verdad.

Y se había dado cuenta de que todos aquellos años disimulando sus sentimientos podían llegar a su fin en unos instantes.

Unos minutos antes había evitado el desastre, Charles le había pillado mirándolo, arrobada, pero había sido tan solo un segundo y confiaba en que ya hubiera olvidado lo que había visto. Pero si se desnudaba delante de ella, no iba a poder evitar que se le notara lo que llevaba toda su vida ocultando. Por eso, ante el

desastre previsible, había reaccionado como un animal acorralado por los cazadores, haciendo aún más difícil la situación.

Sin embargo, en el último momento, había visto una escapatoria. El tocador parecía estar situado estratégicamente para que ella pudiera darle la espalda sin que quedara antinatural.

Cuando lo vio claro, fue casi corriendo hasta el tocador, se sentó inmediatamente y se dio cuenta de que, efectivamente, aquello le iba a permitir salvar la situación de una manera elegante. El tocador le permitía darle la espalda a Charles sin quedar maleducada o sin que quedara demasiado explícito que estaba evitando verlo vestirse. Les permitía a ambos llevar aquella situación incómoda de la manera más elegante posible.

Reprimió un suspiro de alivio, pero como estaba de espaldas a él, se permitió una enorme sonrisa que llenó su rostro.

Por un momento imaginó que Charles estaba sonriendo también, porque no tenía ni una duda de que para él la situación también había sido incómoda, aunque por razones diferentes a las suyas.

Y ya más calmada, agradeciendo también que hubiera un ventanal a su lado para poder mirar a través de él, se dispuso a pasar unos minutos hasta que él terminara de prepararse.

Pero las cosas no salieron como ella esperaba.

En absoluto.

Capítulo 36:

Lo notó casi inmediatamente.

Nada era tan perfecto como había imaginado.

Estar sentada ante un tocador sin hacer nada era absurdo. Necesitaba hacer algo mientras Charles se desvestía a su espalda. Hacer como que se retocaba el peinado o el maquillaje para pasar los siguientes minutos más fácilmente. El problema era que todos los útiles estaban en el baúl. Y que para acceder al baúl debía levantarse y darse la vuelta, es decir, volver a ver a Charles, quien, quizá, ya se habría quitado alguna prenda de ropa.

En cuanto tuviera ocasión, sacaría los útiles del baúl y los colocaría sobre el tocador, así estaría preparada para los siguientes momentos incómodos, pero en ese momento aquella opción estaba descartada.

Otra opción para pasar aquel trago sin quedar como una tonta pasmada era hacer como que miraba por la ventana, pero

aquello también se manifestó ridículo.

Cuando había corrido hacia el escritorio, la ventana le había parecido magnífica, pero una vez se sentó y la miró de cerca, se dio cuenta de que era más un ventanuco que una ventana. Además, el cristal era esmerilado y opaco: no veía nada a través de él, más allá de las formas que hacía el propio cristal.

Es decir, estaba en una situación absolutamente ridícula, sentada ante un tocador sin intención de arreglarse y mirando por una ventana sin vistas.

El corazón le empezó a latir con furia un momento, por el disgusto, por el miedo a que Charles se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, hasta que se dio cuenta de que para Charles también estaba siendo todo tenso e incómodo, por eso se había ido la noche anterior. Él seguramente estaría encantado de que ella continuara dándole la espalda, aunque no estuviera haciendo nada.

Pero el alivio que le trajo este pensamiento apenas duró. Enseguida se dio cuenta de algo que iba a hacer el momento más incómodo aún: el ruido.

Ruido de ropa. El que se produce cuando alguien se desviste.

No debía hacerlo, no debía escuchar ni, mucho menos, intentar adivinar qué estaba haciendo exactamente Charles. Pero lo

hizo.

Aguzó el oído y empezó a imaginar.

Capítulo 37:

Primero el sonido era muy suave, apenas imperceptible, como si una tela suave se deslizara despacio sobre algo. Enseguida su imaginación supo ponerle nombre: era el sonido de la tela al desabotonarse los botones de la camisa. Recordó la camisa delicada que llevaba Charles, con una buena fila de botones, no sabía cuántos, pero fue contando aquel sonido breve que se repetía rítmicamente: uno, dos, tres, cuatro… y en siete, se paró.

Sí, no tenía ni una duda, Charles acababa de desabotonarse la camisa.

Y para asegurar que esto había sido así, los siguientes sonidos vinieron a confirmarlo. Escuchó cómo la tela se deslizaba suavemente sobre algo, la piel de él, y luego, un sonido seco pero suave también, es decir, la camisa cayendo sobre la madera del suelo.

Sí, no tenía ni una duda, Charles se había quitado la camisa y ahora estaba detrás de ella con el torso desnudo.

Este pensamiento hizo que la piel de su cara se tiñera de rojo y que la respiración se le acelerara, junto a estos signos, también sintió calor. No el calor del verano cuando el sol cae sobre la piel, ni el calor de las llamas de la chimenea, no, un calor diferente, más suave y, al mismo tiempo, más perturbador. "Menos mal que no puede verme", pensó, aliviada. Y, al mismo tiempo, este pensamiento hizo que se envalentonara. "No puede verme, puedo abandonarme a lo que los sonidos me provocan", se dijo, traviesa. Y empezó a disfrutar del placer secreto de imaginar a Charles desvistiéndose y se abandonó a ese placer los siguientes minutos.

Volvió a escuchar el sonido inicial de tela deslizándose por los botones , ahora sonaba más rasposo, como si la tela fuera más gruesa: tenían que ser los pantalones.

Y, efectivamente, después de cuatro veces el mismo sonido rítmico, volvió a sonar como ropa sobre la madera, esta vez de manera un poco más ruidosa.

Y ella volvió a sonrojarse y sentir calor. Un calor agradable y, al mismo tiempo, incómodo, porque era como si su cuerpo pidiera algo más.

Y necesitó comprobar si sus suposiciones estaban siendo ciertas.

En un movimiento arriesgado, que ponía en peligro la protección que le daba estar de espaldas a él, giró la cabeza ligeramente y dirigió la mirada hacia el suelo, a la izquierda.

Y no vio nada, más que el borde de la alfombra que estaba cerca de la cama.

Se mantuvo ahí unos segundos, con la respiración contenida y se dio cuenta de que Charles no se había dado cuenta de su movimiento, ya que seguía escuchándose el ruido que hacía al desvestirse. Y pensó que seguramente él también estaría de espaldas a ella.

Enseguida se dio cuenta de que aquello tenía todo el sentido. Para poder ver su imagen reflejada en el espejo, Charles debía estar dándole la espalda a ella.

Y aquello la envalentonó.

Y giró aún más la cabeza. Hasta que vio en el suelo lo que estaba buscando.

Primero fue el borde de una pernera del pantalón, luego, cuando giró casi totalmente la cabeza, el pantalón entero, con la camisa blanca al lado.

Si, todas sus suposiciones habían sido ciertas: Charles se acababa de quitar la camisa y los pantalones y los había dejado caer sobre el suelo. Y sí, Charles le estaba dando la espalda y no la veía medio girada, porque seguía sonando el ruido de ropa, muestra de que él estaba tan solo concentrado en desvestirse.

Y justo en ese momento, mientras estaba mirando, otra prenda de ropa se unió al montón que formaban los pantalones y la camisa.

Una prenda también blanca, en lino muy fino.

Los calzoncillos.

Capítulo 38:

La impresión de haber visto aquella prenda le hizo girar rápidamente la cabeza al frente de nuevo. No reaccionó por la prenda en sí, sino por lo que significaba: Charles se había quedado totalmente desnudo.

Solo de imaginar que lo tenía ahí, a dos pasos de ella, sin nada de ropa, el calor y la excitación interna se multiplicaron.

Pero también la curiosidad.

Ahí, al alcance de su mirada, tan solo girando un poco más la cabeza, podía verlo de aquella manera que había imaginado tantas veces.

Y, una vez más, pudo más la curiosidad que la prudencia. Aunque más que curiosidad, se podría decir que era necesidad. Necesitaba ver a Charles desnudo.

Así que, de nuevo, se giró. Continuó sentada, pero esta vez no se limitó a mover solo la cabeza, también movió el cuerpo, giró su

torso hasta que pudo ver todo lo que estaba a su espalda… y el paraíso apareció ante sus ojos.

Porque no se podía describir de otra manera lo que estaba viendo.

Charles, efectivamente de espaldas a ella, estaba completamente desnudo y aquella visión era magnífica. Charles con ropa era imponente, pero sin ella era perfecto.Tenía un cuerpo fuerte y poderoso, sin una gota de grasa. Sus espaldas eran anchas, los músculos de sus brazos y de la espalda estaban perfectamente marcados y si ella hubiera sabido sus nombres, habría podido nombrar cada uno de los que existían. Pero no le hacía falta conocerlos, le bastaba con admirarlos, tan definidos, tan perfectos. Las piernas, largas y estilizadas, estaban también perfectamente musculadas, eran como columnas perfectas sobre las que, pensó, le gustaría sentarse.

Pero lo más impresionante de todo era aquella parte del cuerpo que había admirado pocas veces, ya que normalmente aparecía cubierta por las chaquetas o levitas: los glúteos.

El culo.

"Dios mío, pensó, es perfecto".

Porque lo era.

El culo de Charles tenía el tamaño adecuado, era fuerte y estaba perfectamente marcado y definido. Cada uno de sus glúteos era una semiesfera perfecta que adivinó dura, pero, al mismo tiempo, suave.

Era mucho mejor de lo que había imaginado nunca y decidió recrearse con lo que estaba viendo, disfrutar de aquello, ya que no volvería a tener la oportunidad.

Y lo hizo, hasta que algo diferente captó su atención.

Charles le estaba dando la espalda porque se estaba mirando en el espejo. Cuando esta idea apareció en su mente, cambió la dirección de su mirada hacia el espejo "y encontró la otra parte del cuerpo de él.

Pudo ver sus piernas por delante, su torso poderoso y entre ambas partes, su órgano sexual.

¡Qué grande es!, pensó, ruborizándose hasta extremos que no había llegado nunca. Y también sintiendo una corriente intensa por todo su cuerpo, una corriente acompañada de una sensación de humedad entre sus piernas.

¿Qué le estaba pasando?

Se hizo la pregunta a sí misma, pero en realidad sabía perfectamente la respuesta: estaba experimentando excitación

sexual. Y aquello era maravilloso y, al mismo tiempo, una tortura. Porque lo que aparecía ante su vista era maravilloso, pero, al mismo tiempo, era insuficiente.

Necesitaba tocarlo y ser tocada por él, pensó, para que aquella excitación se calmara, o para que explotara. Pero aquello era impensable, pensó también al mismo tiempo.

"Mary, no seas avariciosa, ya tienes más de lo que nunca imaginaste", se dijo, y añadió, "disfruta de lo que ves y lo que te refleja el espejo".

"De lo que te refleja el espejo".

"De lo que te refleja el espejo…"

Y entonces se dio cuenta….

Capítulo 39:

Levantó la mirada y lo vio.

Charles la estaba mirando a través de su reflejo en el cristal.

Se estaban mirando a través de sus reflejos en el cristal.

Capítulo 40:

Charles estaba quieto, como paralizado, con los ojos fijos en el reflejo de los de ella. Tenía una expresión extraña: intensa e indescifrable.

Ella, en cuanto el reflejo de sus ojos coincidió, apartó la vista, giró el torso y volvió a mirar al frente, hacia la ventana, pero todo aquello ya era absurdo. Él la había visto mirándolo. Él la había pillado absorta en él una vez más, como cuando por la mañana se había despertado, pero esta vez era peor, porque estaba desnudo. Y porque ella se lo estaba comiendo con los ojos.

Sí, ahora sus intenciones no podían negarse, no podían ser más obvias. Su mirada hacia él no había sido nada inocente, al contrario, había estado llena de deseo por cada centímetro de su piel. Amparada en el supuesto de que él no la veía porque le daba la espalda, ella se había abandonado al deseo y al placer de la

contemplación. Y ese abandono le había hecho olvidar lo obvio: que él estaba frente al espejo y la podía ver girada mirándolo.

Justo lo que había ocurrido.

¿Cuánto tiempo llevaría viendo todo? Seguramente desde que ella se había girado. Es decir, llevaba viento durante varios minutos cómo ella admiraba su cuerpo, por detrás y por delante. Había visto cómo sus ojos se agrandaban a medida que su vista recorría su cuerpo, como sus labios se desepegaban y formaban una "o" pequeña de sorpresa y admiración, habría visto su pecho agitado subiendo y bajando al ritmo de sus pensamientos. En un momento, de repente recordó, se había mordido el labio inferior, intentando contener su deseo, o imaginando que mordía los labios de él.

"¡Qué vergüenza, qué vergüenza, qué vergüenza!"

Era lo único que podía pensar, y se puso de nuevo roja, pero ya no había ni gota de deseo hacia él, sino solamente necesidad de desaparecer, de borrar lo ocurrido.

Pero no podía hacerlo.

Durante unos minutos, que a ella se le hicieron eternos, no se oyó nada más que los ruidos que él hacía al asearse y vestirse de nuevo con las prendas con las que iba a bajar al comedor. Ella estaba inmersa en su vergüenza, pero su mente le seguía

informando de lo que seguramente estaría haciendo Carles. Y efectivamente, cinco minutos después del desastre, su voz aterciopelada y segura le comunicó:

—Ya estoy listo, Mary, puedes darte la vuelta y podemos bajar juntos al comedor.

Cuando había dicho "puedes darte la vuelta", ella pensó que él añadiría: "de nuevo", haciendo mención a lo que había ocurrido, pero no lo hizo, porque era un caballero. En cualquier caso, ella no se movió ni un milímetro. No podía moverse, no iba a ser capaz de enfrentar la vergüenza que sentía cuando lo mirara de nuevo, ya sin espejo interpuesto.

Pero, como siempre ocurría , fue él quien vino a salvarla de aquella situación embarazosa.

— Mary, no te preocupes, es normal lo que has hecho. No has visto nunca un hombre desnudo, es normal la curiosidad —Lo dijo, con su voz grave y aterciopelada, pero también de manera ligera, mostrándole que lo que había ocurrido era una tontería. Algo normal incluso, como él acababa de decir.

Y para Mary fue como un bálsamo.

Poco a poco, se fue girando y poniendo en pie.

Frente a ella estaba Charles, perfectamente vestido, guapísimo, como siempre, pero ya solo mostrando las partes de piel adecuadas: sus manos, su cuello, su rostro.

Sonreía ligeramente, sin una gota de burla o embarazo en aquella sonrisa y, además, tenía su brazo derecho extendido, con la mano hacia arriba, en un gesto de invitación a ella para acercarse.

El corazón de Mary se fue calmando, pero seguía roja como la grana, por eso Charles volvió a decirle.

—Olvídate, Mary, es normal lo que ha ocurrido —y volvió a sonreír, y ella consiguió andar poco a poco, se acercó a él, tocó su mano, y él la guió y ambos entrelazaron sus brazos para bajar al comedor como una pareja de recién casados. Salieron de la habitación y empezaron a bajar la escalera que llevaba al comedor de la planta baja, desde donde llegaban voces animadas. Todo parecía ir bien por fín, o no tan mal, pero entonces, Charles decidió añadir algo más — espero que te haya gustado.

Capítulo 41:

De nuevo, un muro invisible de tensión se levantó entre ambos.

El primero sorprendido con lo que acababa de decir resultó ser el propio Charles, que se quedó incluso parado entre escalón y escalón, haciendo que ella se parara también. Fue apenas un segundo, enseguida se puso de nuevo en marcha, llevándola a ella del brazo, pero aquel momento de quietud escenificó perfectamente su desconcierto.

¿Por qué había dicho aquella tontería?

Lo cierto es que antes de soltarlo, cuando la frase apareció en su mente, no reflexionó porque le pareció buena idea, una broma sin importancia para seguir quitando hierro a lo que acababan de vivir.

Había visto absolutamente todos los movimientos desde el primer instante. Se había puesto frente al espejo para desvestirse, pero sin quitar ojo al reflejo de Mary, ya que para él la situación

también estaba siendo incómoda y quería tener control visual sobre lo que ella hacía.

De aquella manera, había visto cada uno de los cambios de postura de Mary. Al principio habían sido casi imperceptibles: un ligero giro de cuello, una respiración más audible…, pero poco a poco esos cambios habían sido más evidentes y también había quedado evidente la intención de ella: tenía curiosidad por verle desvestirse.

A Charles no le escandalizó, al contrario, lo entendió, tal y como le había dicho a ella para quitar hierro. Entendía perfectamente que una mujer hecha y derecha que jamás había visto a un hombre desnudo, aprovechara la ocasión para hacerlo, aunque fuera a hurtadillas.

Y decidió que iba a ayudarle a cumplir aquel deseo oculto.

Así que a partir del momento en que Charles había tenido claro aquello, todos los gestos que había realizado habían tenido en mente a Mary.

Su camisa y su pantalón, por ejemplo, no habían caído al azar sobre el suelo, él los había arrojado adrede, hacia su derecha, para provocar que ella mirara y se girara más. De alguna manera, él

había dirigido la curiosidad de Mary y había sido el último responsable de que lo viera desnudo.

Lo mirara desnudo.

Lo disfrutara desnudo.

Porque de esto último tampoco había tenido ni una duda, Mary había disfrutado de él y de su cuerpo.Y a él aquello le había gustado.

Mucho.

Tanto, que había tenido que concentrarse para no excitarse, es decir, para no convertir lo que él consideraba un juego casi inocente en algo difícil de manejar.

Finalmente, cuando Mary había contactado su mirada con el reflejo de sus ojos, también se había divertido viendo su azoro y su turbación, porque había seguido viéndolo como un juego inocente.

Pero lo que su boca acababa de soltar cuando estaban a punto de encontrarse con los reyes había cruzado la línea del juego y se había adentrado en terreno pantanoso.

¿Por qué le había dicho que si le había gustado verlo desnudo? Él ya sabía que le había gustado, lo había visto en el reflejo de su mirada y sus expresiones, lo había visto en su labio

mordisqueado, no tenía ni una necesidad de hacérselo admitir, a no ser que llevara la situación más allá de donde debía ir.

A no ser que abandonara el juego y se adentrara en la seducción.

¿Era eso lo que quería? Se dijo finalmente, cuando ponían los pies sobre el último escalón.

Y pensó que quizá sí, que en lo más íntimo de su ser, Mary había dejado de ser tan solo su amiga y había empezado a ser algo más. Para empezar, una mujer deseable.

Pero también tuvo claro que no debía pasar aquella frontera de la amistad. Tenía que tener cuidado y no volver a dejar escapar frases como aquella "¿Te ha gustado"?

Pero claro, él podía manejarse a sí mismo, pero lo que no estaba en su mano era controlar a Mary ni sus respuestas.

—Sí, me ha gustado —dijo ella.

Y ambos se volvieron a parar en seco y se miraron, de hito en hito, como si fueran otras personas quienes les hubieran llevado a aquella situación.

Pero no, habían sido ellos

Capítulo 42:

—¡Bueno, bueno, aquí tenemos a los tortolitos!

Una voz alegre los sacó de aquel momento incómodo. Ambos levantaron la mirada y se encontraron con la mismísima reina, que se dirigía hacia ellos, sonriente y rompiendo todas las normas de etiqueta.

Tener a la reina ante ellos, de aquella manera, hizo que olvidaran por un momento lo que acababan de provocar ambos:

—Majestad, es un honor estar con usted en esta cacería, le agradezco la invitación y la hospitalidad —dijo Charles, haciendo una reverencia, intentando transmitirle la formalidad que había faltado en un primer momento.

La reina lo miró y le sonrió fugazmente, pero enseguida apartó la mirada de él y la posó sobre Mary, sonrió más ampliamente y, si dejar de mirar a Mary, le contestó:

—McKay, no sea usted maleducado y preséntenme a su interesante y encantadora esposa.

Hasta entonces todo el contacto que había tenido Charles con la reina había sido en eventos oficiales. Tanto los saludos, como las pocas palabras que habían intercambiado habían sido formales. La reina se había mostrado amable, pero distante. Y siempre regia y en su sitio.

Todo lo que estaba ocurriendo desde que habían llegado al castillo había roto aquello. Bueno, en realidad todo había empezado con la propia invitación, insólita. Que les dieran a ellos un día y una hora de llegada diferente al resto no había hecho más que aumentar el misterio. Y ahora la reina abandonaba toda formalidad y se dirigía a él de aquella manera… Charles no salía de su asombro, pero, por supuesto, hizo lo que la reina le pedía:

—Claro, majestad, le presento a mi esposa, Mary Mckay —Dijo él, poniendo por primera vez el nombre de ella y el apellido de él juntos y provocando que a ambos les diera un vuelco al corazón.

Pero la reina, ajena a sus vaivenes emocionales, volvió a sacarlos de sus problemas reaccionando, de nuevo, de manera extraña.

—Sí, ya sé cómo se llama, Charles, gracias por la presentación —dijo, en un tono indiferente y sin mirarlo, e, inmediatamente se dirigió a Mary —he oído hablar de usted, querida y no sabe las ganas que tenía de conocerla, va a contarme usted todo —terminó, mientras la agarraba del brazo y tiraba de ella, que no tuvo más remedio que soltar el agarre con Charles y caminar con ella hacia el comedor.

Charles se quedó mirando cómo se alejaban, como si fueran amigas del alma desde hacía décadas. Y como si él fuera una persona ajena a su amistad.Y prescindible.

Las últimas palabras que le escuchó a la reina antes de que ambas desaparecieran por la puerta del comedor, le confirmaron esto último:

—No necesitamos a los hombres para nada, querida.

Capítulo 43:

Charles reaccionó en cuanto vio a la pareja de mujeres desaparecer hacia el interior del comedor. Como era tan alto, en unos pocos pasos las alcanzó. Llegó a su altura justo cuando ellas se situaban junto a la mesa donde ya estaban situadas las viandas del desayuno.

Pero en el gran comedor no solo había comida, también estaban el rey y el resto de invitados a la cacería.

Charles conocía a todos. Se trataba de nobles que también eran Lores. Todos eran del grupo conservador y, aunque no tenía relación personal con ninguno de ellos, sí tenía un trato correcto.

Todos estaban de pie esperándolos, así que enseguida empezaron con las presentaciones. Bueno, en realidad la única persona desconocida era Mary y, de nuevo contraviniendo las normas de etiqueta, fue la reina quien presentó a Mary a todos y no

él, su marido. Pero el trámite fue rápido, ni los lores tenían mucho interés en conocer a una mujer ni la reina quería soltarla. Así que una vez se hizo la presentación, ellas se sentaron juntas en un extremo de la mesa y los hombres se pusieron a hablar entre ellos de los temas que les interesaban, es decir, caza y política.

Y Charles empezó a relajarse, porque empezó a entender todo.

Todo estaba planificado con un objetivo y ahora, después de ver la reacción de la reina, ya sabía cuál era: la reina era quién estaba detrás de todo, porque quería conocer a Mary. Había organizado la cacería con el único objetivo de tenerla para ella sola. En un baile, por ejemplo, habría habido más mujeres y ella habría tenido menos libertad para apropiarse de Mary. En aquel entorno y con aquella velada tan masculina, la única igual de la reina iba a ser Mary y ninguno de los presentes iba a ver extraño que se centraran una en la otra en exclusividad. Al contrario, el resto de hombres, con el rey a la cabeza, iba a estar encantado de que se entretuvieran entre ellas y les dejaran a ellos con sus cosas.

Como así ocurrió.

En cuanto se sentaron a desayunar se formaron dos grupos de conversación independientes: por un lado las dos mujeres, por el

otro, los varones.

Charles, al que al menos habían permitido sentarse al lado de Mary, se mantuvo en silencio, sin participar en ninguno de los dos grupos y con el oído aguzado intentando escuchar qué decían la reina y su mujer.

Las palabras que captó le tranquilizaron y también le aportaron una buena noticia.

Efectivamente, la reina estaba muy interesada en Mary. Al principio le hizo todo tipo de preguntas personales: dónde había nacido, quiénes eran sus padres, dónde había vivido…, pero enseguida las centró en el hogar.

A oídos de la reina había llegado el "escándalo" del hogar, cómo no, pero con tan buena suerte que para ella no había sido un "escándalo", al contrario, por las preguntas que le hizo a Mary y las exclamaciones entusiasmadas ante las respuestas de ella, a Charles le quedó claro que tenían a la reina de su lado. Tanto, que en un momento la reina incluso le dijo a Mary que le habría encantado haber vivido una temporada en el hogar.

Aquello era maravilloso, porque suponía que tenían una aliada para intentar mantener el hogar con Mary al frente.

Evidentemente, aún necesitaban el visto bueno del parlamento y, sobre todo, del rey, pero, ¿alguno de ellos iba a contravenir los deseos de la reina? Charles lo dudaba, por no decir que estaba seguro de que no.

De repente, después de varios días difíciles, todo parecía aclararse e ir de la mejor manera posible.

Su matrimonio con Mary para salvar el hogar se mostraba como una idea estupenda, porque solo de esa manera podían llegar a la reina. Y la extrañeza por la invitación a la cacería quedaba totalmente aclarada, no solo eso, sino que había sido un absoluto golpe de buena suerte.

Además, se fijó Charles, Mary parecía haber llegado a la misma conclusión que él, ya que le seguía perfectamente la conversación a la reina y le estaba dando todo tipo de detalles sobre el hogar, detalles que la reina, mujer independiente al fin y al cabo, celebraba dando palmas.

En un momento dado, Mary, a pesar de que no le había dirigido la palabra en ningún momento y casi le daba la espalda porque estaba centrada en la reina, no pudo evitar buscar su mirada. Se giró y lo miró, apenas un segundo, pero suficiente para

que Charles leyera en su mirada cómplice que ambos sabían que estaban ganando una batalla.

Volvían a ser los amigos del alma que se decían todo con los ojos y que pensaban lo mismo.

Aquello habría sido maravilloso si no fuera porque la reina se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir y decidió, por un momento, cambiar de tema.

Un tema que resolvió el último misterio de la invitación a la cacería, pero que también les supuso un momento incómodo.

Capítulo 44:

La reina se los quedó mirando en silencio, pasando su atención de uno a otro y, por primera vez, dejándola unos segundos fija en Charles. Luego, volvió a mirar a Mary y, sonriente, le dijo:

—Ambas somos mujeres independientes, querida, lo cual no es incompatible con que tengamos maridos maravillosos y disfrutemos de ellos.

Mary se puso roja como la grana.

Se dio cuenta de que la reina había malinterpretado la mirada de complicidad entre ambos, había supuesto que se trataba de una mirada con contenido sexual, algo que, por supuesto, no había sido, se dijo a sí misma, efusivamente.

Quizá demasiado.

En cualquier caso, no le llevó la contraria, se limitó a sonreírle, aunque de manera un poco tensa. A las reinas no se las contradecía.

Tampoco lo hizo Charles, que estaría pensando lo mismo que ella.

No se atrevió a mirarlo de nuevo, ni siquiera por el rabillo del ojo, pero se le escuchó una tos y Mary supuso que estaba tan incómodo como ella.

Así que Mary se limitó a esperar que el momento pasara y la reina retomara la conversación sobre el hogar. En ese terreno no solo se encontraba cómoda, sino que estaba entusiasmada porque veía que la reina iba a ser su aliada.

Pero sus deseos de dejar pasar aquel momento incómodo tuvieron que esperar para ser satisfechos, porque, inesperadamente, el rey se metió en la conversación que hasta entonces habían mantenido ella dos solas.

Al parecer, el monarca, que estaba a la izquierda de la reina, estaba haciendo lo mismo que Charles y mantenía el oído aguzado escuchando a su esposa:

—¿Qué dices sobre mí, querida?

De repente, todos los presentes en la mesa dejaron de hablar y se centraron en lo que iba a responder la reina:

—Digo —empezó ella, disfrutando de tener toda la atención para ella —que no puedo estar casada con un hombre mejor. Ni más

inteligente ni más atractivo. —terminó, adulando a su marido, que se hinchó como un pavo. Mientras Mary y Charles reprimían un suspiro de alivio por dejar de ser el centro de atención de la conversación.

Un alivio que enseguida se mostró precipitado.

—Gracias, querida, lo mismo digo, llevamos más de veinte años casados, hemos dejado atrás los furores de los primeros días, pero sigo pensando lo mismo que el día que te conocí —respondió el rey, un poquito emocionado.

Y la reina, sonriente, respondió:

—Así es. Espero que la parejita que nos acompaña en esta cacería tenga la misma suerte que hemos tenido nosotros —Y todos los presentes centraron la atención en Mary y Charles, que dieron un ligero respingo de incomodidad.

—Bueno, querida, habrá que verlo, ellos acaban de comenzar, están en el momento fácil —dijo el rey, alejando el momento de alivio que necesitaban Mary y Charles.

—Fácil para ellos, no para el resto —dijo la reina, con cara pícara.

—¿Qué quieres decir, querida? —le animó el rey, aunque su sonrisa dio a entender que sabía qué estaba pensando su mujer y solo le preguntaba para que lo soltara en alto.

—Como bien sabes —comenzó, aumentando su sonrisa traviesa —decidimos retrasar un día nuestra llegada para que la pareja de tortolitos tuvieran al menos una noche de intimidad. Esperemos que la hayan aprovechado, porque el resto de noches queremos dormir tranquilos, sin ruidos perturbadores.

La carcajada general terminó de hundir a Mary y Charles en la más absoluta incomodidad.

Capítulo 45:

Aquel desayuno que acabó siendo tan incómodo sirvió al menos para desentrañar los misterios que les habían quitado el sueño desde que habían recibido la invitación a la cacería.

Todo había estado orquestado por la reina para conocer a Mary y para saber más sobre el hogar. Un proyecto con el que ella, como mujer de carácter e independiente, se había sentido identificada.

En ese sentido, las cosas no podían haber ido de mejor manera. Pero había habido una contrapartida negativa: aquellos comentarios al final del desayuno que tanto les habían incomodado. Si era duro mantener a raya los sentimientos cuando estaban ellos solos, mucho peor había sido hacerlo con los reyes y el resto de invitados divirtiéndose a su costa.

Por suerte, el momento duró poco. El desayuno acabó y dieron comienzo los preparativos de la cacería y con ellos, una nueva

sorpresa que, esta vez, les agradó a los dos:

—Querida, nosotras nos quedamos en el castillo por hoy —le anunció la reina a Mary cuando los hombres se acercaron al gran armero de la entrada a recoger sus armas de caza.

—¿No vamos a ir a cazar? —dijo Mary, con un punto de esperanza en su voz, ya que jamás lo había hecho y estaba segura de que no le iba a gustar.

—Por supuesto que no —respondió la reina , tajante —¿quién quiere pasar frío e incomodidades, pudiendo quedarse en un lugar tranquilo, apacible y caliente como este? Además —añadió guiñandole un ojo —ellos van a agradecer que no vayamos. Los hombres necesitan tanto como nosotras estar solos entre ellos para hablar de sus cosas. Y por lo que sea, les gusta hacerlo de la manera más incómoda posible. —Terminó, echando una carcajada.

Así que cinco minutos después, las dos mujeres despidieron sonrientes a los varones a la puerta del palacio, ellos salieron cabalgando hacia el frío bosque y ellas se metió en el cálido castillo.

Y nada más hacerlo, la reina cambió.

Capítulo 46:

—Querida, discúlpame, he tenido que hacerlo así.

En cuanto el último caballero desapareció de su vista, la reina le soltó esta frase a Mary, en un tono muy diferente al que había utilizado hasta entonces.

Mary la miró, un poco asombrada por el cambio y le respondió, balbuceante:

—No sé a qué se refiere, milady…yo…no debe disculparse…

—Sí, claro que debo hacerlo, le cortó, con una sonrisa, pero alejada de la ligereza que había utilizado mientras estaban rodeadas de los varones —he sido impertinente contigo, pero ahora te voy a explicar por qué.

Mary abrió los ojos como platos. La reina le había hecho el desayuno incómodo durante algunos momentos puntuales, pero jamás la habría definido como impertinente, al contrario, había sido

amable y le había mostrado una confianza muy superior a la que merecía por sus posiciones diferentes.

—Ha sido usted muy amable conmigo, milady —le respondió finalmente, con sinceridad.

La reina amplió su sonrisa:

—Está claro que mi primera impresión sobre ti ha sido acertada, eres encantadora, tanto, que niegas lo evidente —empezó a explicarse la reina —Como te he dicho, te voy a contar por qué me he comportado contigo como lo he hecho. Yo ya había oído hablar del hogar hace unos años —añadió, bajando la voz.

—¡Oh! —dijo tan solo Mary, sorprendida por lo que acababa de decir la reina.

—Sí, querida, era menos secreto de lo que creíais —continuó, con voz queda —pero tranquila, nunca llegó a oídos de quien no tenía que llegar. Solo lo sabíamos mujeres a quienes el proyecto nos agradaba, mujeres independientes, como aquellas a las que acogéis —añadió, guiñando un ojo.

—Pero, ¿cómo es posible, hemos tomado precauciones siempre… —dijo Mary, alarmada.

—Es muy sencillo, Mary, es una información que ha ido pasando de mujer independiente a mujer independiente. No todas

las mujeres que han ido saliendo del hogar se han mantenido en silencio total. Algunas se lo han contado a sus mejores amigas ¿cómo si no se enteraban las chicas nuevas de la existencia del hogar?, gracias al boca a boca de otras chicas —se contestó a sí misma.

—Sí, claro, con eso ya contábamos, pero también con que no saliera de un círculo de mujeres escogido, mujeres de confianza que no nos iban a delatar —respondió Mary.

—Y eso es lo que ha ocurrido, querida —le dijo la reina.

—Pero ha llegado a sus oídos, majestad —añadió Mary.

Entonces se hizo un silencio denso.

—¿Y yo no tengo derecho a pertenecer a ese círculo de mujeres escogidas?

No lo había dicho enfadada, de hecho, sonreía, pero Mary entendió que lo que acababa de decir era una impertinencia, si no algo más grave.

—Sí, claro, majestad, disculpe, es que…como hemos tenido problemas…

—Tranquila, Mary, lo entiendo, no te preocupes, entiendo que haya levantado tus sospechas, pero no te preocupes, yo soy tu aliada, no tu enemiga. Y tutéame, por favor.

—De acuerdo majestad —dijo; Mary, con dificultad, ya que le iba a costar hacer lo último que le había pedido.

—De acuerdo, Adelaida —le dijo la reina y Mary repitió.

—De acuerdo, Adelaida.

La reina sonrió satisfecha y continuó.

—Como te decía, entiendo tus sospechas después de los últimos acontecimientos, pero no he sido yo quien os ha delatado. Oí hablar del hogar al poco de casarme con el rey y me entusiasmé. Yo, por mi posición, no podía acceder a él, pero me pareció una idea maravillosa y durante todos estos años he tratado de protegerlo. Ha habido varios momentos en los que pudo ser descubierto, siempre por la indiscreción inocente de alguna chica, que depositaba su secreto en alguien no adecuado, y siempre logré neutralizar o parar los rumores. Pero esta última vez no he podido. Por desgracia, el rumor sobre la existencia del hogar llegó a oídos del grupo conservador y ahí mi influencia no sirvió para evitar que investigaran y descubrieran la verdad.

—No sabía nada, Adelaida —dijo Mary —te agradezco todo lo que has hecho por nosotras entonces, de todo corazón. Me apena no haber sabido antes que teníamos una aliada contigo.

—Ha sido mejor así. A mi también me apena no haber participado más activamente, pero de haberlo hecho, el secreto habría salido a la luz antes, al fín y al cabo, siempre tengo espías alrededor —dijo, un poco apenada —. Pero olvidemos el pasado y centrémonos en el futuro —continuó, de nuevo entusiasmada.

—¿El futuro?

—Sí, el futuro. Como seguramente ya habrás adivinado, la idea de invitaros a la cacería fue mía. Quería conocerte, que me conocieras y que juntas pudiéramos trazar un plan para salvar el hogar y que tu sigas al frente. Soy la reina, tengo poder, pero también tengo enemigos que, no por casualidad, son los mismos enemigos que tiene el hogar.

—¿Y qué podemos hacer?

—Permanecer unidas y utilizar todas las armas que tengamos. Como somos mujeres, no tenemos permitido acudir a la cámara de los lores, pero sí tenemos a nuestros maridos como aliados. Yo creo que al final, con la ayuda de Charles y del rey, conseguiremos mantener el hogar tal y como está. Bueno, mejor, ya que una vez ganemos la batalla ya no será necesario ocultarse. Podré visitaros, podré participar del hogar.

La reina terminó sus últimas frases entusiasmada. Mary la escuchó casi con el mismo entusiasmo. Sabía que tener a Charles de aliado era una gran ventaja, pero tener a la reina y al rey era aún mejor. Por primera vez, empezaba a ser optimista sobre el futuro del hogar.

A partir de ese momento, las dos mujeres fueron estrechando sus lazos. Pasaron todo el día decidiendo cuáles eran las mejores estrategias a seguir para conseguir que el parlamento aceptara la existencia del hogar. También tuvieron ratos para hablar de otras cosas más personales, se contaron su niñez, sus intereses, sus deseos y sus pasiones y se dieron cuenta de que, aunque provenían de entornos muy diferentes, eran muy parecidas en sus ideas y anhelos. Las dos eran mujeres independientes y fuertes, las dos luchaban porque las mujeres tuvieran un puesto en la sociedad al igual que los hombres. Al atardecer las dos tuvieron claro que habían comenzado una amistad que se iría estrechando en el tiempo.

Y, finalmente, cuando el sol empezaba a ocultarse y la vuelta de los hombres era inminente, la reina decidió aclararle las primeras palabras que le había dicho esa mañana.

—Mary, quiero reiterar mis disculpas por haberme entrometido donde no me llamaban esta mañana —Mary, que ya había cogido confianza con la reina, intentó responderle que se olvidara del asunto, pero la reina levantó la mano y no le dejó hablar—formaba parte de la estrategia para conocerte y para que nos dejaran solas —hizo un silencio y, luego, continuó — A todo el mundo le gustan los cotilleos y a estos lores tan estirados, también. Y más si son cotilleos de contenido sexual. Por eso os hice llegar un día antes, para poder llevar la conversación hacia ese tema. De esa manera me aseguraba que iban a estar entretenidos y no les iba a dar por pensar que era extraño que fueras la única mujer invitada a la cacería. Y creo que el plan ha salido perfectamente, estoy segura de que durante la cacería le han hecho unas cuantas bromas a Charles sobre la noche que habéis pasado en el castillo, los hombres son así de simples y fáciles de manipular.

Mary se puso un poco tensa, no quería hablar de sexo, ni siquiera con su nueva amiga, era un tema que le alteraba enormemente. Si era cierto lo que había supuesto la reina, daba por hecho que para Charles la cacería estaría siendo incómoda, pero él tenía más experiencia en esos temas y seguro que sabría sobrellevarlo.

—Ha sido una buena estrategia, Adelaida —dijo finalmente, con esperanza de que la reina se alejara del tema sexual.

—Hasta que consigamos nuestro objetivo de salvar el hogar, debemos alejar de nosotras cualquier sospecha. Todo el mundo debe quedarse con la parte ligera del chismorreo y nadie debe sospechar que estamos aliadas para sacar el hogar adelante —dijo la reina, dándole esperanza de que el momento tenso ya había pasado, pero echándola por tierra inmediatamente —así que debo pedirte permiso para utilizar de nuevo la carta de los tortolitos recién casados, Mary.

Mary debía contestar que sí, que por supuesto, pero en vez de eso, se puso de nuevo roja como la grana, y solo fue capaz de contestar:

—Ya…

Su intención era calmarse y decirle que sí, pero la reina se adelantó y le demostró que ya empezaba a conocerla bien.

—Mary, no tienes que contarme qué os ocurre, es evidente, por la forma en que reaccionas, que no estáis siendo un matrimonio al uso. Es evidente que el tema sexual te azora más de lo normal en una recién casada —Mary se empezó a alarmar aún más, mientras la reina continuaba —Solo quiero decirte dos cosas, la primera, que solo voy a utilizar el tema de manera ligera y general y que jamás se

me ocurriría preguntarte más o hacerte decir cosas que no quieres decir. Y la segunda, que te entiendo mejor de lo que crees: los inicios de mi matrimonio tampoco fueron fáciles. Y ya nos ves ahora: no hay matrimonio más fuerte que el nuestro, pero no comenzamos así. Por alguna razón, os veo como un reflejo de nosotros, así que estoy convencida de que váis a ser muy felices juntos. En todos los aspectos.

Mary no podía ponerse más roja. La reina lo estaba haciendo con toda su buena voluntad, pero no sabía cuál era realmente su situación. Ella no creía que nada fuera a mejorar, porque Charles no la amaba de la misma manera que ella le amaba a él. Pero no iba a decírselo. En realidad, lo único que quería era cambiar de tema ya y olvidar a Charles.

Y la primera parte de su deseo —cambiar de tema —se cumplió, porque, de repente, sonaron los cascos de muchos caballos: los hombres volvían de la cacería. Pero la segunda parte —olvidar por un momento la atracción que sentía por Charles —no, porque ahí estaba él de nuevo y, nada más pensarlo, su corazón se desbocó incontrolable.

Capítulo 47:

—Es una noticia inmejorable, Mary, la reina es la mejor aliada que podíamos tener.

—Sí, yo también lo veo así, ¡vamos a ganar esta guerra, Charles!

Mary y Charles se habían retirado a su habitación después de haber compartido la cena con el resto de lores y los reyes y, por primera vez en muchos días, estaban compartiendo una conversación cómplice y agradable.

La cena había ido mucho mejor que el desayuno. La confianza que Mary había conseguido con la reina le había permitido sentirse más relajada y también protegida. Ahora sabía qué ocurría y por qué la reina se comportaba como lo hacía: todo formaba parte del plan para mantener el hogar con ella al frente. Y con esa perspectiva, todo era mucho más llevadero.

También ayudó al buen ambiente general la actitud de los hombres. Habían vuelto cansados, por el ejercicio intenso, pero también muy satisfechos, ya que se habían cobrado varias piezas.

Todas aquellas circunstancias hicieron que durante la cena hubiera un ambiente ligero, incluso rayano en la euforia. Los hombres reían, mientras contaban las aventuras del día, bebiendo un poco más de la cuenta, pero sin llegar a perder el control o tener actitudes incorrectas, y las dos mujeres les seguían las bromas, mientras se miraban cómplices cada poco tiempo.

Todo había sido muy agradable, hasta que se habían despedido para ir a dormir.

Y entonces es cuando Mary había sentido algo de inquietud por primera vez en toda la noche. Charles había estado sentado a su lado en la cena, como debía ser, pero no habían hablado entre ellos de manera privada, sino formando parte de la conversación del grupo grande. Pero ahora que se habían quedado solos, debían, de nuevo, mirarse a los ojos y enfrentarse a sus sentimientos sin testigos ni conversaciones que les ayudaran a ocultarse.

Habían subido la escalera juntos, pero manteniendo la distancia para ni siquiera rozarse la ropa, hablando de banalidades sobre el día que habían pasado separados, pero una vez solos, Mary

le había contado la conversación con la reina y aquello había sido como hacer magia.

La alegría de Charles al saber que la tenían como aliada se le había contagiado a Mary y ambos habían estado varios minutos dejándose llevar por ese entusiasmo. Habían planeado los pasos a seguir, el discurso que él daría en la cámara de los lores, habían imaginado las caras de desconcierto de los conservadores más virulentos al perder la votación, porque ya estaban seguros de que la influencia de la reina les haría ganar a ellos.

Se habían reído y se habían mirado con alegría.

Pero el tema, finalmente, se había agotado de puro éxito y, de repente, se habían dado cuenta de que eran un hombre y una mujer en una habitación cerrada, con un lecho mullido y una noche por delante…

Se habían quedado callados, por primera vez desde que se habían quedado solos. Ambos se habían quedado con una sonrisa en la cara, después de lo último que habían dicho. Ella no veía su propia expresión, pero sí la de Charles.

Sonreía plenamente, y eso hacía que en los laterales de sus ojos se formaran unas arruguitas que le hacían aún más atractivo. Tenía una mirada luminosa y alegre, pero también profunda y

cargada de cariño. Una luminosidad, alegría, profundidad y cariño dirigidos hacia ella y solo hacia ella.

Porque Charles no miraba a nadie como la miraba a ella.

Y eso siempre había sido así, desde que se habían conocido.

Fue como una revelación.

No tenía ni una duda de que Charles estaba siendo como un espejo para ella, de que ella le estaba mirando de la misma manera a él. Pero ella estaba enamorada de él, era normal que lo mirara así.

¿Y él?

Siempre había creído que no, pero, ¿alguien que no sintiera amor podía mirar de aquella manera a otra persona?

Se hizo la pregunta silenciosa y escuchó en su mente la respuesta clara:

No.

Aquello era amor, profundo, entre un hombre y una mujer.

No había duda.

Capítulo 48:

Duró apenas un instante, pero fue como si viera sus vidas pasar ante ella. Los veinte años de amistad, con cada complicidad, cada desencuentro, cada conversación. Recordó todo y se dio cuenta de que, efectivamente, Charles había sido un reflejo de ella en todo…y que eso abría la puerta a una posibilidad que había negado hasta entonces: que Charles estuviera enamorado de ella como ella lo estaba de él.

Evidentemente, si esto era así, él mismo no era consciente de sus sentimientos. Pero esas cosas ocurrían todos los días. Las personas, por diferentes razones, solían negar lo que sentían, o lo ignoraban… hasta que un día la verdad explotaba ante ellos.

Por un momento, Mary estuvo segura de que sus suposiciones eran ciertas, de que Charles llevaba enamorado de ella el mismo tiempo que ella de él. Pero entonces él habló y el hechizo se diluyó:

—Tendremos que ir a dormir.

Capítulo 49:

Charles se había puesto serio, muy serio, y una arruga de su entrecejo mostraba que estaba tenso. Pero ella, después de un instante de vacilación, volvió a tenerlo claro.

No podía decir que estuviera tan enamorado de ella como ella de él, pero estaba segura de que sentía algo hacia ella. Ahora mismo, aquella tensión que estaba mostrándole, era también una señal de que se debatía con sentimientos intensos que se escapaban de su control.

Y Mary recordó algo.

Que era una mujer fuerte y decidida.

Que llevaba toda la vida demostrándolo.

Y que si había una batalla personal que debía enfrentar e intentar ganar era aquella.

Así que se levantó de golpe de la silla, haciendo que él diera un ligero respingo, se acercó a él, con decisión y, situándose a pocos

centímetros de su cuerpo , le dijo, con la voz más encantadora que había usado nunca:

—Sí, tenemos que dormir, pero hoy lo haremos a mi manera — Luego sonrió pícara, levantó su brazo y con el dedo índice le señaló la silla en la que había estado sentada ella la noche anterior y añadió —Hoy te toca a ti estar castigado en la silla.

Capítulo 50:

Charles abrió los ojos sorprendido y levantó una ceja. Iba a decir algo, poner alguna objeción, pero esta vez, esa capacidad de adivinar lo que pensaba el otro le sirvió a Mary para adelantarse: se llevó un dedo a los labios, pidiéndole que no dijera nada, y volvió a señalar la silla:

—No protestes, Charles, es mejor para los dos —y cuando él levantó la ceja de nuevo, mostrando incomprensión por lo que ella acababa de decir, Mary se lo explicó —ya sabes que no soy muy buena aguantando la tentación.

Charles dio un ligero respingo y su expresión, de nuevo, mostró desconcierto. Mary había dicho todo con evidente tono burlón, como si estuviera jugando con él. Pero se trataba de un tema delicado. La noche anterior, sin ir más lejos, había tenido que mostrarse tranquilo y comprensivo con ella, había tenido que tomar el control, ya que ella lo había perdido del todo.

¿Qué le ocurría a Mary? ¿A qué venía aquel cambio?

A pesar de que estaba muy intrigado, decidió hacerle caso. Era la mejor manera de intentar descubrir qué mosca le había picado. Se movió con calma, sin dejar de mirarla y lo que ocurrió a continuación le siguió desconcertando.

Mary no bajó la mirada, ni un solo segundo, al contrario, la mantuvo firme y profunda, y con aquella expresión burlona que era nueva para él.

Aunque más que burlona era pícara, seductora…

Finalmente fue él quien apartó la mirada, ya que tenía que sentarse y darle la espalda para que pudiera desvestirse, pero lo hizo aún más intrigado.

En cualquier caso, casi sintió alivio cuando por fin dejó de sostenerle la mirada. Hasta entonces él se había comportado como la parte fuerte y segura de la pareja, pero desde que habían entrado en la habitación, ella parecía haber cogido el mando, y junto con esa sensación le apareció un pensamiento inquietante: quizá Mary no se iba a conformar con aquello, quizá quería ir más allá.

Hasta entonces no se le había pasado por la imaginación que algo así pudiera ocurrir, pero estaba sucediendo, así que aquello abría la puerta a más comportamientos extraños.

O descarados.

O, directamente, sexuales.

Su miembro viril dio un salto cuando ese pensamiento apareció en su mente. Hasta el momento había sido incómodo, pero no le había resultado difícil soportar la súbita atracción sexual que había empezado a notar hacia Mary, pero si ella cambiaba su actitud hacia él y empezaba a mostrarse provocativa, le iba a costar mucho contenerse.

Por un momento se preocupó, pero enseguida se dio cuenta de que estaba siendo exagerado. Mary estaba un poco extraña y era cierto que su mirada no era todo lo inocente que había sido hasta entonces, pero no debía preocuparse más de la cuenta. Él también había jugueteado con ella un poco por la mañana, cuando le había preguntado si le había gustado verlo desnudo y cabía la posibilidad de que aquello le hubiera dado pie a ella para hacer lo mismo. Pero todo iba a quedar ahí, no iba a ir a más, para empezar, porque él no iba a volver a pasar la raya de la amistad nunca más.

Respiró hondo y, más tranquilo, se dispuso a mirar por la ventana, a la espera de que ella acabara de desvestirse lo antes posible y se metiera a la cama. Después, haría como el día anterior, daría un paseo por los alrededores del castillo hasta que ella

estuviera dormida. Y todo quedaría en los términos que debía quedar entre ellos.

Capítulo 51:

Ese era el plan, pero desde el inicio vio que no iba a poder llevarlo a la práctica.

Capítulo 52:

Se dio cuenta inmediatamente de lo que le había ocurrido a Mary el día anterior. Aquella posición de espaldas, escuchando los sonidos que hacía ella al desvestirse era lo más tentador que había vivido nunca.

Tentador y excitante.

Porque Mary había tenido curiosidad, pero él tenía algo más.

Él había visto desvestirse a muchas mujeres, las había desnudado con sus propias manos, por eso sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Escuchó el sonido de los botones, el vestido cayendo al suelo, haciendo un sonido hueco y pesado al mismo tiempo. Imaginó los pies de Mary saliendo del círculo de ropa que habría formado el vestido y se dio cuenta de que había acertado porque enseguida se escuchó el sonido de los tacones de sus botines: uno, dos, saliendo de aquel círculo de ropa al exterior.

En ese momento, Mary debía estar solo con la ropa interior.

Solo de pensarlo, su miembro viril volvió a dar un respingo, pero esta vez no volvió a su estado anterior, sino que se quedó enhiesto, alto y palpitante.

No era la primera vez que le ocurría eso pensando en Mary, pero si, la vez que más le estaba costando volver a la normalidad. De hecho, enseguida se dio cuenta de que iba a tardar mucho en hacerlo: hasta que Mary se acostara al menos y, seguramente, hasta que saliera al jardín y el frío de la noche le pusiera, de nuevo, en su sitio.

Pero lo peor no era eso, lo peor era que esta vez no tenía prisa por que aquello ocurriera. De hecho, lo que quería era continuar disfrutando del momento. Seguir escuchando los movimiento de Mary desvistiéndose, mientras él se imaginaba cómo su cuerpo se iba desvelando. Quería detenerse en aquel momento, sin miedo, porque Mary no tenía ni idea de lo que él estaba pensando: era libre para disfrutar de aquel placer sin que nadie más lo supiera.

Sin saberlo, Charles había llegado a la misma conclusión que ella el día anterior, pero había una diferencia significativa entre los dos: Mary no había podido evitar la tentación de girarse y mirarlo, él no iba a hacerlo.

Desde que se había dado cuenta de que sentía atracción sexual por Mary, había intentado que no se le fuera de las manos. Ya se le había escapado a ella, él no podía permitirse ese lujo. Tenía suficiente autocontrol como para no dejarse llevar por un instinto, que, esperaba, fuera pasajero.

Había tenido un par de momentos de debilidad, sobre todo miradas que debería haber controlado, aunque el mayor desliz había sido aquel "¿te ha gustado? " del día anterior. Pero nada había sido demasiado grave como para no olvidarlo en unos días ni para provocar algo irreversible.

Estaba convencido de que la atracción que sentía por Mary era pasajera y fruto tan solo del extraño momento que estaban viviendo. El matrimonio había trastocado todo lo que eran, había introducido la posibilidad de dormir juntos y era esa posibilidad la que le había hecho confundir sus sentimientos. Eso era todo. La atracción repentina era debida a esa confusión, pero en pocos días se acostumbrarían y seguirían siendo lo que habían sido siempre: los mejores amigos. Pero nada más.

Hasta que llegara ese momento, ¿dejarse llevar por las sensaciones que le provocaba escuchar a Mary desnudarse era perder ese control? Se hizo la pregunta a sí mismo y la respuesta fue

que no. Al contrario, se dio cuenta de que, incluso, era bueno. Dejándose llevar, le permitía a su fantasía y a su cuerpo un pequeño respiro. Era algo inocente, nadie se iba a dar cuenta y él podía saciar un poco aquella inquietud que le rondaba desde que se había casado con ella.

Por eso, se abandonó sin culpa y sin miedo a las sensaciones que le producía escuchar a Mary desnudarse. Con tal de no girarse y de que ella no se diera cuenta de lo que estaba pasando por su mente, todo estaba bien.

Pero claro, no contó con que ella tenía ideas propias y que podía ponerlas en práctica.

Capítulo 53:

La primera señal de que algo había cambiado fue la ausencia de señales. Es decir, el silencio. De repente, ya no se escuchaba el sonido de botones, ni el roce de la tela sobre la piel. Mary se había quedado quieta, totalmente.

Quieta y desnuda.

Charles contuvo la respiración. Aquello no era casual, Mary estaba tratando de provocar algo, no tenía ni una duda. Ya había sido bastante extraño que tomara la iniciativa para ser ella quien se desnudara primero. Había estado tan metido en sus sensaciones que había olvidado cómo habían empezado la noche.

¿Por qué estaba haciendo aquello?

No tuvo que esperar mucho para tener una respuesta. Después de un minuto de silencio y tensión contenida, la voz de Mary, igual de dulce que siempre, pero con un fondo diferente, sonó a su espalda.

—¿Charles, tú no tienes curiosidad?

Y como si no hubiera sido una pregunta, sino una orden dada por alguien que se había apoderado de su voluntad, Charles se dio la vuelta poco a poco y la miró.

Capítulo 54:

Era Mary y no era ella.

Era la mujer más bella que había visto nunca. Su piel trigueña era brillante y lisa y, sin tocarla, Charles supo que sería la piel más suave del mundo. La cintura, estrecha, era la antesala de unas caderas perfectas. Los pechos, que bajo el vestido parecían pequeños, no lo eran a la vista. Eran dos semicircunferencias plenas y delicadas, coronadas por dos pezones pequeños y oscuros, como bombones de chocolate. Y su pelo, suelto, caía en una cascada de rizos negros, dándole el marco perfecto a la belleza que era.

Porque Mary era bellísima y, al mismo tiempo, seguía siendo la mujer dulce y enérgica con la que tenía la unión más profunda de su vida.

Para cualquier otro, aquello habría sido la perfección. El paraíso. La conjunción del alma y el cuerpo que muy pocos

conseguían en vida. Un sueño. Pero Charles seguía preso de sus prejuicios y eso le hizo romper el hechizo:

—¿Qué estás haciendo, Mary? ¡Tápate!

La pregunta y la expresión fueron rudas en sí mismas, pero el tono en el que lo dijo fue aún más duro, tanto, que Mary sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. De hecho, se encogió un poco y utilizó su brazo derecho para tapar sus pechos y la mano izquierda para tapar su sexo.

La postura no podía ser más significativa, Mary se sentía avergonzada, Mary quería desaparecer. Y aquella vergüenza la había provocado Charles quien, sin embargo, continuaba mirándola con expresión de juez implacable. Y siguió haciéndolo unos segundos más, sin sentir compasión por ella, hasta que dejó de mirarla, se levantó y salió de la estancia dando un portazo.

Capítulo 55:

Volvía a encontrarse en el mismo lugar que la noche anterior, volvía a dar vueltas alrededor de la zona del jardín, mientras por su boca escapaba el vaho, pero la situación era diferente. Era peor. Ahora Charles estaba enfadado, muy enfadado. Tanto, que en un momento dado necesitó golpear el suelo con los pies, con rabia, y pensó incluso darle un puñetazo a la pared de piedra que tenía más cercana, aunque imperó el sentido común y no lo hizo.

Él no era una persona irreflexiva que se dejaba llevar por las pasiones, pero en los últimos tiempos lo había hecho demasiadas veces.

Y aquello también le enfadaba y frustraba. Quería volver a ser el Charles de siempre, quería volver a tener la relación que tenía con Mary antes de casarse, quería dejar de desearla… Y justo cuando pensó esto último, comenzó a nevar.

Los primeros copos, blancos y gruesos, cayendo sobre su pelo, su cara y su cuerpo, le produjeron un efecto inesperado: de repente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo: llevaba días mintiéndose a sí mismo.

Se había convencido de que la idea de casarse, que había sido exclusivamente de él, tenía que ver tan solo con el objetivo de salvar el hogar y el trabajo de Mary. También, de que era normal que surgiera entre ellos el deseo sexual, al fin y al cabo, eran un hombre y una mujer atractivos y libres compartiendo una misma habitación. Sí, a todo le había dado una explicación racional, ecuánime… que nada tenía que ver con la realidad.

Mientras el paisaje a su alrededor se empezaba a teñir de nieve, su mente fue aceptando la verdad que había estado ahí siempre. No era necesario casarse para salvar el hogar. Podrían haber conseguido lo mismo sin hacerlo. Podía haber defendido en la cámara de los lores su postura de la misma manera que lo había hecho tras el matrimonio. Y Mary no necesitaba un hombre que la avalara para hacer valer su puesto frente al hogar. De hecho, aquella idea de casarse para conseguirlo iba en contra de lo que ella había peleado siempre, en contra del espíritu del hogar. Así que su primera

mentira había sido esa: que casarse era necesario para el hogar y bueno para Mary.

Y cuando se hizo a sí mismo la pregunta clave después de haber reconocido aquello, es decir, ¿por qué había insistido en el matrimonio?, la respuesta que llegó a su mente fue clara e indudable.

Lo había hecho porque la deseaba, antes incluso de casarse, mucho antes de compartir alcoba. Su mente se había inventado la necesidad de casarse para poder cumplir sus deseos más íntimos, unos deseos que se había ocultado a sí mismo, pero ahora aparecían bajo el fulgor de la nieve.

Lo vio tan claro como los copos que le rodeaban. Pero no fue lo único que vio. Se dio cuenta de que Mary había vivido todo de otra manera. Recordó algunas de sus miradas y silencios a lo largo de los años y todo cobró otro significado: Mary también lo deseaba, pero para ella no había sido un descubrimiento reciente, no, ella llevaba años deseándolo. Y amándolo. Porque para los dos el otro era su mejor amigo, la persona de más confianza, si a eso se le unía el deseo sexual, lo que surgía no podía tener otro nombre que amor. amor intenso y profundo. Amor verdadero.

Sí, Mary llevaba años amándolo en silencio. Sufriendo desamor. Por eso se había negado a casarse con él, para no sufrir más. Por eso estaba tan extraña, por eso enrojecía a la menor ocasión, por eso lo había provocado esa noche en la habitación…, todo encajaba, todo estaba claro.

Como estaba claro también que él se había portado como un canalla con ella.

Le había insistido para que se casara cuando era evidente que ella no quería, le había colocado en situaciones comprometidas cuando había bromeado sobre su desnudo y, finalmente, cuando ella no había hecho más que imitar su coqueteo, él la había despreciado y dejado en ridículo.

De repente, todo el frío que le rodeaba se apoderó de su interior. Recordó la última imagen que tenía de Mary, tapándose su precioso cuerpo desnudo, mirándolo con vergüenza, y se sintió miserable.

Había descargado en ella su frustración por no poder controlar sus propias emociones. Le había producido un dolor gratuito a la persona que más quería.

Porque amaba a Mary.

Fue como si se hiciera la luz.

Amaba a Mary, en cuerpo y alma.

Y no podía esperar ni un segundo más para decírselo.

Capítulo 56:

Subió las escaleras de dos en dos, sin correr, pero con urgencia. Cuando llegó a la habitación entró sin llamar. Tenía claro lo que quería hacer y lo que quería decirle a Mary, pero lo que encontró al otro lado de la puerta le hizo retrasar sus planes.

Mary ya no estaba desnuda, se había puesto un camisón blanco, de tela delicada con encajes pequeños y finos. Tampoco estaba de pie, sino sentada sobre la cama, con las piernas encogidas, pegadas a su cuerpo, la cabeza inclinada hacia adelante y las manos tapándole la cara. Su pelo negro y billante, caía como una cascada sobre su cuerpo. Era una imagen bellísima porque era Mary, pero, al mismo tiempo, verla así le encogió el corazón, porque estaba llorando.

A pesar de que había hecho ruido al entrar, Mary se mantuvo sin moverse unos segundos, pero poco a poco fue levantando el

rostro y girándolo hacia donde estaba él, hasta que sus miradas se unieron.

Se había equivocado, Mary no lloraba. Al contrario, se la veía serena, tranquila, segura. Tenía la expresión de fuerza y determinación que siempre había formado parte de ella hasta que todo se había derrumbado. Volvía a ser ella. En camisón, en una alcoba compartida, pero la Mary de siempre.

—Hola, Charles.

Lo dijo con voz dulce, pero Charles notó algo más. Había un fondo de tensión en ella, algo que no encajaba.

Sin embargo, esa sensación incómoda se diluyó cuando ella se levantó y se fue acercando poco a poco hacia él.

Charles se fijó en sus pies desnudos, preciosos, caminando sobre la mullida alfombra casi como si se deslizara sobre ella. Se dio cuenta de que la tela del camisón era tan fina, que el cuerpo de ella se transparentaba. Un cuerpo que ya había visto, pero que de aquella manera, velada, se hacía aún más deseable.

De repente se dio cuenta de que solo quería quitarle aquella tela, abrazarla, unirse a ella…, pero antes debía hablar. Debía decir en alto lo que había descubierto unos minutos antes en el jardín. No

solo se lo debía a Mary, sino que sospechaba que era necesario para diluir la tensión interna que notaba en Mary.

—Me he portado como un canalla contigo.

Mary se paró en seco y esa tensión interna se suavizó un poco en la expresión de su mirada:

—Es cierto…, pero creo que algo ha cambiado en ti —le dijo ella, animándolo a seguir hablando.

—Mary… —empezó él, vacilante, ya que lo que le iba a decir iba a cambiar todo para siempre —me he dado cuenta de que estoy enamorado de ti. No sé desde cuándo, pero no ha sido algo repentino. El problema es que te amaba sin saberlo. Eso explica mi comportamiento errático, como pedirte matrimonio, pero luego tratarte mal. Sé que no tengo perdón, pero quiero que sepas que detrás de todo está y ha estado siempre mi amor por ti y que voy a pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Mary abrió los ojos como platos y su expresión se suavizó del todo y se llenó de luz.

Y de felicidad.

Y entonces, al mismo tiempo, ambos avanzaron un paso y se unieron en un abrazo por primera vez en su vida.

Capítulo 57:

El abrazo fue torpe al principio, casi contenido, como si ambos temieran romper algo frágil que acababa de revelarse. Charles apoyó una mano en la espalda de Mary sin apretarla, apenas un contacto firme y respetuoso, suficiente para sentir el calor de su cuerpo a través de la tela fina del camisón. Mary, tras unos segundos de duda, dejó caer la cabeza contra su pecho.

No dijeron nada. No era necesario.

Charles inclinó ligeramente el rostro y apoyó los labios en el cabello oscuro de Mary. Aspiró su olor, familiar y nuevo al mismo tiempo, y notó cómo ella exhalaba un suspiro lento, casi imperceptible. Ese sonido fue suficiente para que él deslizara los labios hacia su sien, luego hacia su mejilla, deteniéndose un instante antes de rozar la comisura de su boca.

—Mírame —le dijo en voz baja.

Mary alzó el rostro. Sus ojos oscuros estaban tranquilos, pero había en ellos una expectación contenida que hizo que Charles sintiera un nudo en el estómago. La besó entonces, primero con suavidad, apenas un roce de labios, como si pidiera permiso. Mary respondió con cautela, ajustándose a ese ritmo lento, hasta que el beso se hizo más firme, más consciente.

Charles separó ligeramente los labios y ella lo imitó. El beso se profundizó sin prisa, con una cadencia pausada que les permitió reconocerse. Mary apoyó una mano en el pecho de él, notando el latido acelerado bajo la camisa. Sus dedos se cerraron con timidez, como si aquel contacto le diera seguridad.

Luego él llevó una mano al rostro de ella, sosteniéndolo con cuidado. Sus labios descendieron por su mejilla, por la línea del cuello, hasta detenerse en la base de la garganta.

Mary cerró los ojos cuando sintió el contacto cálido de su boca sobre la piel desnuda. Inclinó ligeramente la cabeza, ofreciéndose, sin saber muy bien cómo, y dejó escapar un gemido bajo, sorprendiéndose incluso a sí misma.

—Despacio —murmuró él, más para él que para ella.

Sus labios siguieron bajando, recorriendo la curva del cuello de ella hasta la clavícula. Besó esa línea con atención, como si la estuviera aprendiendo de memoria. Mary respiraba con dificultad ahora, el pecho subiendo y bajando de forma irregular. La tela del camisón se tensaba contra su cuerpo, revelando sin ocultar del todo la forma de sus pechos.

Charles apartó apenas la tela con los dedos, lo justo para que su boca pudiera rozar la piel cálida que quedaba al descubierto. No fue un gesto brusco ni decidido, sino medido, consciente. Mary llevó una mano al brazo de él, primero para sostenerse, luego para aferrarse. Sus dedos temblaban.

—Así… —susurró ella, casi sin darse cuenta de que hablaba.

Charles levantó la mirada hacia ella un instante, como asegurándose de que estaba bien, y continuó. Besó la piel con reverencia, dejando que el contacto fuera más largo, más profundo. Mary arqueó ligeramente el cuerpo, siguiendo ese movimiento con una naturalidad que le sorprendió. Su respiración se volvió audible, entrecortada.

Él deslizó las manos por sus costados, reconociendo la forma de su cuerpo bajo la tela. No había urgencia, solo una atención

plena, casi solemne. Mary respondió apoyando la frente en su hombro, dejándose guiar, pero avanzando también, acercándose más, acortando la distancia entre ambos.

Cuando Charles volvió a besarla en los labios, el beso fue distinto. Más cargado, más consciente de lo que estaban haciendo. Mary abrió la boca sin temor esta vez y él la siguió, manteniendo siempre el control del ritmo, marcándolo con pequeños gestos, con pausas breves que aumentaban la tensión.

—Confía en mí —le dijo, apoyando la frente en la suya.

Mary asintió sin palabras.

Charles la condujo con suavidad hasta el lecho. Se sentó primero y luego la invitó a tumbarse. Mary lo hizo despacio, observándolo en todo momento. Él fue despojándose de la ropa sin apartar la mirada de ella, con movimientos calmados, casi ceremoniosos. Mary hizo lo mismo con el camisón, guiada más por la intuición que por la experiencia.

Cuando ambos quedaron desnudos, el silencio se llenó de una expectación densa y clara.

Mary yacía sobre el lecho, la piel dorada contrastando con las sábanas. Charles se colocó sobre ella, sosteniéndose con los brazos

para no tocarla aún. Sus miradas se encontraron, profundas, conscientes, cargadas de todo lo que habían callado durante años.

Se miraron así durante unos segundos eternos, respirando el mismo aire, sabiendo que, a partir de ese instante, nada volvería a ser igual.

Capítulo 58:

Charles descendió lentamente, acortando la distancia que los separaba. No la tocó de inmediato. Se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo, como si necesitara un último instante para asegurarse de que aquel momento era real. Mary lo miraba sin apartar los ojos, el pecho subiendo y bajando con una respiración irregular que no intentaba controlar.

—Voy a ir muy despacio —dijo él, con la voz baja y cálida.Y ella asintió, con la mirada prendida en la de él, siendo ya uno en alma, a punto de serlo en cuerpo.

Se quedaron mirándose un tiempo que pareció eterno y fugaz al mismo tiempo. Un tiempo maravilloso, que, finalmente, Charles cambió. Pero despacio, muy despacio, tal y como le había dicho a ella.

Apoyó primero una mano junto a la cabeza de ella, luego la otra, al otro lado, y entonces sí dejó que su cuerpo se acomodara al

de ella. El contacto fue pleno, inevitable, y ambos reaccionaron a la vez. Mary cerró los ojos un instante, sorprendida por la intensidad de aquella cercanía. Charles contuvo la respiración, consciente del peso de su propio cuerpo y del efecto que tenía sobre ella.

—Mírame —le pidió.

Mary abrió los ojos. Había en su mirada una mezcla de nerviosismo y decisión que hizo que él se inclinara para besarla, no en los labios, sino en la mejilla, como si quisiera calmarla. Luego volvió a besarla en la boca, con un beso más lento, más profundo, que no buscaba prisa sino conexión.

Mary, relajándose, necesitó hacer algo también. Llevó las manos a la espalda de él, recorriéndola con cautela al principio, como si aún estuviera aprendiendo los límites de aquel contacto. Charles respondió ajustando su postura, procurando no imponerse, guiándola con pequeños movimientos, con pausas breves que le permitían respirar.

El cuerpo de Mary reaccionaba con una intensidad que no había previsto. Cada roce era una novedad, cada ajuste una sensación distinta. Pensó, fugazmente, que nunca se había sentido

tan consciente de sí misma ni tan expuesta, y sin embargo no había miedo. Solo una entrega tranquila, decidida.

—Así está bien —murmuró ella, con la voz apenas audible.

Charles apoyó la frente en la suya. Cerró los ojos un segundo, como si necesitara ese gesto para mantener el control. Luego se movió con cuidado, atento a cada reacción de ella, marcando el ritmo con palabras breves, casi susurros.

—Dime si algo no va bien.

Mary asintió con la cabeza.

Charles, poco a poco, fue entrando en ella.

La respiración de Mary se volvió más rápida, más entrecortada, y dejó escapar un gemido suave cuando el contacto se hizo más profundo, más completo. Charles se detuvo de inmediato.

—Mary.

—Sigue —dijo ella, esta vez con más seguridad—. Estoy bien.

Él reanudó el movimiento con una lentitud estudiada, permitiéndole adaptarse, permitiéndose también sentir. Pensó, con una claridad que lo sorprendió, que no había nada más importante

que aquel instante, que aquel cuerpo bajo el suyo, que aquella mujer que lo miraba con una confianza que no daba lugar a dudas.

Mary cerró los ojos de nuevo, dejándose llevar por las sensaciones, por el ritmo que él marcaba y que ella seguía. Su cuerpo respondió con una naturalidad que no necesitó explicación. Pronunció su nombre una vez, sin darse cuenta, como si decirlo fuera parte de aquel gesto de unión.

Charles apoyó la mano en su costado, afirmándose, y dejó escapar un suspiro largo, contenido durante demasiado tiempo. La cercanía, el calor, la respiración compartida, todo se fue concentrando en una sensación única, profunda, que los envolvía por completo.

Y alcanzaron el clímax al mismo tiempo, en una explosión de placer que los sorprendió a ambos. Por lo intensa. Por lo maravillosa.

Cuando las últimas sacudidas de placer terminaron para ambos, no se movieron de inmediato.

Charles apoyó la frente en el hombro de Mary, aún respirando con dificultad. Ella mantuvo las manos sobre su espalda, sin apretarlo, sin retirarlas tampoco. Permanecieron así unos

segundos, compartiendo el silencio, el peso del momento, la certeza tranquila de lo que acababan de vivir.

Y supieron que no hacía falta decir nada porque ya lo habían hecho sus cuerpos.

Y sus almas.

Capítulo 59:

El paraíso, para Charles, duró exactamente seis horas, las que pasaron desde que abrazó a Mary por primera vez, hasta que se despertó sobre el lecho con el hueco frío que había dejado ella al marcharse.

Un hueco que estaba parcialmente ocupado por una cuartilla escrita con la letra elegante de Mary:

"Charles, la felicidad que he sentido las últimas horas ha sido la más intensa que he vivido en mi vida. He imaginado muchas veces qué sería estar entre tus brazos, pero la realidad ha superado totalmente mi imaginación más desbocada. Ha sido perfecto, ha sido maravilloso, he conocido el paraíso.

Durante las horas que hemos pasado sobre el lecho, no ha habido dudas ni miedos. Ha sido lo que tenía que ser, nuestro

destino".

Al llegar a este punto de la misiva, Charles se dijo que todo lo que decía Mary era cierto, él había sentido exactamente lo mismo que ella, pero entonces, ¿por qué no estaba junto a él?

La respuesta estaba en la parte que le faltaba por leer.

"Pero también ha sido un sueño del que me he despertado. Ha sido cuando tu te has dormido. Estábamos agotados los dos, agotados de felicidad y tú te has dormido primero. Eso me ha permitido observarte. Al principio, maravillada, he tocado la piel de tu rostro y he besado suavemente tus labios, incrédula de tenerte entre mis brazos. Pero poco a poco he vuelto a la realidad. He recordado quién soy: Mary Cooper, una mujer fuerte hecha a sí misma. Una mujer independiente. Y quiero seguir siéndolo, Charles, por eso me he marchado. No sé si he nacido para ser una mujer casada. Al menos, no sé si he nacido para ser tu mujer. Te quiero demasiado. Durante estas dos semanas me he perdido. He vivido por y para tí, olvidándome de mí misma y de quién soy. Te amo,

Charles, pero no quiero dejar de ser yo.Tengo que reencontrarme y tengo que pensar si podemos estar juntos sin dejar de ser yo y voy a hacerlo en el único lugar que debo. Vuelvo a mi hogar, al hogar de mujeres libres. Te pido, por favor, que no me busques, necesito estar sola y necesito tomar decisiones por mí misma. Discúlpame ante los reyes, estoy segura de que sabrás hacerlo de manera que no se ofendan por mi ausencia y nuestra lucha no se vea perjudicada.

Cuando tome una decisión, volveré a comunicártela"

Mary

Capítulo 60:

Charles hizo todo lo que Mary le pedía en la carta. Supo disculparse ante los reyes de la manera adecuada. Y no solo eso, sino que las siguientes dos semanas consiguió que la propuesta del grupo conservador no prosperara. Consiguió que el hogar siguiera adelante con Mary al frente. Lo consiguió con la ayuda de la reina, por supuesto, que se puso al frente de la lucha junto a él. Charles peleó en la cámara de los lores, la reina lo hizo en salones elegantes ante tazas de té, convenciendo a las esposas de los lores. La reina fue también la interlocutora con Mary, quien le contó cómo iba todo. Se hicieron inseparables, de hecho, la reina sustituyó de alguna manera a Charles en el hogar, ya que iba todos los días para estar con Mary y contarle los avances. Porque Charles también había respetado lo que Mary le había pedido y había desaparecido de su vida.

Quince días después de haber estado en el paraíso juntos, no se habían visto ni se habían escrito.

Lo único que Charles sabía de ella era lo poco que le contaba la reina que, de repente, se había vuelto muy discreta. Sabía que estaba bien y nada más.

Y suponía que Mary sabía de él más o menos lo mismo, que estaba bien.

Pero eso no era cierto, No estaba bien. Echaba de menos a Mary de una manera total: en cuerpo y alma. Cada día que pasaba se le hacía más difícil su ausencia. Sentía que la necesitaba como respirar. Cada día que pasaba todo le parecía más gris. Más difícil.

Había descubierto que amaba a Mary el mismo día que la había perdido.

Y solo había un pensamiento que le mantenía con esperanza: ella no le había dicho que quería desaparecer de su vida para siempre, tan solo le había pedido distancia y tiempo. Y él se los estaba dando, porque sabía que era la única manera de recuperarla: darle el mando a ella y esperar que Mary decidiera volver a su vida en algún momento.

Capítulo 61:

Era la única estrategia posible, pero no estaba funcionando. Había pasado ya un mes desde que el hogar había sido aceptado por la cámara de los lores y no había ni rastro de Mary en su vida.

En cualquier caso, no podía hacer nada más que seguir esperando. No tenía ni una duda de que Mary le daría una respuesta. Le diría tarde o temprano si aceptaba ser su esposa, con todas las consecuencias, o se alejaba de él para siempre, porque ese era el dilema en el que se estaba debatiendo.

Charles quería ser optimista. Entendía qué le había pasado a Mary: ella había descubierto sus sentimientos hacia él mucho antes que él los suyos hacia ella y, además, desde que se habían casado, él no la había tratado bien. Era normal que fuera precavida, que necesitara tiempo para pensar sobre lo ocurrido y, sobre todo, para tomar decisiones por sí misma. Pero también existían los veinte años anteriores, de amistad intensa y profundo aprecio y, sobre todo, la maravillosa noche de amor que habían compartido. Esperaba que en

la balanza en la que ella se estaba debatiendo, pesaran mucho más estas últimas circunstancias.

La realidad era que ella le amaba, él la amaba, todo se había aclarado… todo tenía que salir bien.

Eso era lo que llevaba casi mes y medio repitiéndose a sí mismo, para mantener la esperanza. Por desgracia, el optimismo se había ido matizando con el paso de los días y la ausencia de Mary, y la última semana había prácticamente desaparecido.

Porque no había ni rastro de ella, ni siquiera una mísera nota pidiéndole paciencia. Y, sobre todo, por las fechas en las que estaba ocurriendo todo.

Estaban en plenas navidades. Una semana antes había sido Nochebuena y Navidad. Los últimos años habían pasado juntos esos días, ninguno de los dos tenía familia cercana, así que, de manera natural, habían acabado compartiendo esas fechas señaladas. Este año, no. Mary no había dado señales de vida. Charles no había tenido problema en pasar aquellos días acompañado, ya que había recibido invitaciones de varios amigos, pero, aunque todo el mundo había sido muy agradable con él, la ausencia de Mary había sido aún más dolorosa rodeado de tantas personas alegres.

Por eso ese día, que era 31 de diciembre, había decidido pasar la noche solo. Se había dado cuenta de que cuanto más bullicio había alrededor, más grande era la nostalgia. Les había dado la noche libre a los criados, aunque muchos de ellos se habían quedado en el palacio para celebrar juntos la última noche del año. Desde su habitación, a donde había hecho subir una cena ligera pero exquisita, escuchaba sus voces bulliciosas, que venían de la cocina.

Esa iba a ser su salida y entrada de un año nuevo, absoluta soledad, cenando solo y escuchando las risas de otros.

Cenó despacio, intentando saborear los manjares que le habían subido, pero no conseguía disfrutar de ellos. Se sirvió un whisky y se sentó junto a la chimenea, con un libro en la mano, pero tampoco conseguía concentrarse.

Había hecho esfuerzos para convencerse de que aquella era una noche como otra cualquiera, pero no lo estaba consiguiendo.

Porque no lo era.

Era la última noche del año en el que había descubierto que estaba enamorado de Mary y la iba a pasar sin ella.

Finalmente abandonó la lectura y se puso en pie. Faltaban pocos minutos para que fueran las doce de la noche. A esa hora todas las iglesias de Londres harían sonar sus campanas y se

escucharían gritos de alegría saliendo por las ventanas de todos los hogares.

No iba a poder aguantarlo.

Se asomó a la ventana de su habitación, pensando en salir del palacio, a pasear en la noche oscura mientras todos disfrutaban, y entonces vio que había comenzado a nevar. Londres estaba a una altitud menor que el castillo de caza de los reyes, aún no había nevado este invierno y justo comenzaba a hacerlo cuando llegaba el cambio de año.

En cualquier otro momento, aquella circunstancia le habría maravillado, ahora solo profundizó su tristeza por la ausencia de Mary.

La última vez que había visto nevar, había sido minutos antes de tener a Mary entre sus brazos, ahora, no podía estar más alejada de él.

Para empeorar las cosas, escuchó algo de algarabía proveniente del zaguán del palacio. Les había pedido a los criados que no alborotaran y que evitaran en lo posible armar jaleo en las zonas por las que podía pasar él, pero era un día excepcional y entendió que era difícil. Por suerte, lo que en un principio le pareció

algarabía no fue más que una conversación breve entre un hombre y una mujer y enseguida se hizo de nuevo el silencio.

Charles volvió a mirar por la ventana y miró su reloj. Estaban a punto de dar las doce. Enseguida empezarían a sonar las campanas y los gritos y risas de miles de personas celebrando el cambio de año. Respiró hondo varias veces para prepararse para aquel momento que iba a hacer más profunda su herida. Cerró los ojos para escuchar las campanas, esperando que el momento pasara pronto.

Pero en vez del sonido metálico y brillante, sonó otro, suave y grave.

Alguien había llamado a su puerta.

Capítulo 62:

No había pensado quién podía estar al otro lado, pero, desde luego, ni se le había pasado por la imaginación que pudiera ser Mary.

Pero era ella.

Llevaba una capa de color vino que le cubría hasta los pies y algunos copos de nieve aún estaban pegados a ella. También llevaba el pelo suelto y los ojos brillantes. Y estaba preciosa.

Y sonriente.

—He tomado una decisión.

El corazón de Charles empezó a batir furioso. Hacía unos instantes todo estaba perdido, pero, de repente, Mary había vuelto y, por su expresión, parecía que para siempre… Sin embargo, no estaba siendo capaz de reaccionar.

—Mary…

Dijo tan solo, incrédulo aún. Vacilante…

Ella sonrió aún más y la habitación se llenó de luz. Luego, dio unos pasos hacia adelante y se situó a escasos centímetros de él, de manera que notaron el calor de sus cuerpos.

En esa posición, Mary metió la mano derecha en el bolsillo de su capa y buscó algo. Charles seguía sin reaccionar, pero a ella se la veía más segura que nunca.

De repente, sacó lo que estaba buscando: un manojo de muérdago, con tres o cuatro bayas blanquecinas y brillantes en los extremos de algunas de sus ramitas. Lo miró, volvió a iluminar la habitación con su sonrisa y, mientras alzaba la rama al cielo, estirando el brazo totalmente, dijo:

—Y mi decisión es que empezamos este año como debe ser: juntos y amándonos.

Y miró a Charles desde la profundidad de sus ojos, mientras abría los labios levemente, esperándolo.

Pero, por un momento, todo se detuvo.

Charles seguía sin reaccionar.

Aunque fueron apenas unos segundos los que necesitó para entender todo. Ella había decidido ser su esposa. Ella le había perdonado. Y había decidido iniciar su nueva vida con aquella costumbre escocesa que una vez él le había contado: que había que empezar el año besándose con la persona que amabas bajo una rama de muérdago.

Mary fue ampliando la sonrisa a medida que notaba que él entendía, y él, como si fuera un espejo de ella, empezó a sonreír también. Pero, de repente, cambió su sonrisa de felicidad por otra burlona. Mary parpadeó mientras él acercaba su mano a la que ella tenía alzada, hasta que se dió cuenta de lo que ocurría: el muérdago debía estar suspendido sobre las cabezas de ambos, pero Charles era tan alto, que el brazo extendido de Mary solo llegaba hasta la altura de sus ojos. Charles colocó su mano a escasos milímetros de la mano de ella y haciendo una pequeña reverencia, le dijo:

—¿Me permite, milady?

Si algo le había quedado claro de los sucedido los últimos días era que Mary necesitaba sentir que estaba "al mando" para recuperar la confianza que había perdido. Y él iba a hacer todo lo posible para que fuera así.

Sin embargo, aquello que quería ser una broma compartida no pareció que Mary lo entendía igual, ya que, de repente, se puso muy seria y dijo:

¡Claro que no te lo permito! —y después de un silencio que a Charles se le hizo eterno, añadió —¡¡ Te lo ordeno!!

Ambos soltaron una carcajada, mientras Charles cogía la rama con delicadeza y la elevaba sobre las cabezas de ambos. Después, con el brazo que tenía libre, envolvió la cintura de Mary y la atrajo hacia sí, mientras bajaba la cabeza para dejar sus labios casi rozando los de Mary, pero sin tocarlos.

Durante unos segundos, ambos se quedaron en suspenso, respirando, notando el aliento cálido del otro, hasta que Mary añadió:

—Y ahora, te ordeno que me beses.

Y Charles, obediente, lo hizo, mientras a su alrededor el aire se llenaba del sonido de las campanas de año nuevo.

Epílogo:

Querida lectora, te cuento que Mary y Charles, después de besarse apasionadamente, además de por el ruido de las campanas, se vieron envueltos por el sonido de los criados cantando. Cantaban una preciosa canción de origen escocés que celebra el Año Nuevo: **Auld Lang Syne**. Mientras escribo esto, la estoy escuchando en la versión que suena igual a como cantaban los criados de Charles, la de **"The Choral Scholars of University College Dublin"**. Me gustaría enviarte sus notas con mis mejores deseos y un cargamento de PAZ y AMOR para este 2026.

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Charles y Mary. Es la última novela de la saga **"Damas Indómitas"**.

También tengo que anunciarte que el 28 de febrero voy a sacar una nueva serie, **los Ashcombe**. Puedes leer la sinopsis de la primera novela de la serie y comprarla en preventa, si te gusta, en el siguiente enlace: **"El último capricho de Lady Katie"**

Por otro lado, tengo publicadas tres sagas más: **"Los Cornwall"**, cuya primera novela puedes encontrar aquí: "No necesito un vizconde". **Hermanas Arlington**, cuya primera novela es "Duelo de seducción" y la serie **"Solteronas"**, cuya primera novela es "Un marqués para una solterona"

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi página personal de Amazon.

Olympia ❦